

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS
SIGUE VIVA Y HACE MILAGROS**

S. MILLÁN – 2013

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Doctrina de la infancia espiritual.
Su vocación al amor.
Misionera universal. En las misiones.
Apariciones de sor Teresa.
Apariciones en Gallipoli.
Primera guerra mundial.
Mística María Luisa Zancajo.
Beata Eduvigis Carboni.
Beata Alexandrina da Costa.
Marcel Van.
Dios es Padre.
Testimonio de Gereon Goldmann.
Condenado a muerte.
Salvado de la muerte.
Liberación. El poder de la oración.
Misionera en Japón.
Milagros para su beatificación.
Milagros para su canonización.

CONCLUSIÓN

ALGUNAS FUENTES

INTRODUCCIÓN

La vida de santa Teresa de Lisieux o Santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz es una vida hermosa. Es la vida de la florecilla de Jesús, como se le suele llamar. Es la vida de una joven que muere a los 24 años de tuberculosis y que, en tan corta edad, llega hasta las cumbres de la santidad, sin hacer nada espectacular, sino simplemente cumpliendo fielmente las obligaciones de cada día. Ella se sentía la hijita pequeña de su Papá Dios. A veces dice que es como un bebé, como un pajarito recién nacido, como un pequeño granito de arena.

Todo su deseo era hacer feliz a Jesús, arrojándole las flores de sus buenas obras y de sus pequeños sacrificios. Nunca hizo grandes penitencias, solamente cumplir con las normas establecidas, llevando una vida normal. Pero su gran diferencia con las otras religiosas era que todo lo hacía con amor y por amor. Hacía las cosas ordinarias de modo extraordinario, con todo su amor.

Ella nos enseña a ir a Dios por el caminito de la humildad, haciéndonos niños para Dios. Es el camino de la confianza y del abandono total, sin condiciones, en las manos de nuestro Padre Dios. Por eso, llegó a decir: Mi vocación es el amor. Amar sin descanso, de día y de noche, en todo momento.

Santa Teresita está viva y se sigue manifestando como tal, consiguiendo milagros con su intercesión. Esto sucedió especialmente durante la guerra de 1914-1918 en que muchísimos soldados franceses la invocaban y llevaban una reliquia o su imagen como protección contra los peligros. Incluso algunos ponían su nombre en los cañones, ametralladoras e incluso en algún avión, como pidiendo de esa manera su constante protección. Y ella no se dejó invocar inútilmente y, no solo libraba a muchos de ellos de las balas enemigas, sino también se les aparecía visiblemente para que no dudaran de su intervención. Ella está viva, pero no olvidemos que como santa, al igual que Dios, ama lo mismo a los amigos que a los enemigos, a los buenos que a los malos. Ella veía las almas y quería salvarlos a todos sin distinción y actuaba según la fe de cada uno. No solo se presentó en la primera guerra mundial. Veremos un caso especial de cómo ayudó a lo largo de su vida a un gran devoto suyo un alemán, que pasó la segunda guerra mundial entre peligros constantes de muerte y a quién ella ayudó a superarlos, salvándole varias veces de la muerte.

Como dice la Palabra de Dios: *Dios no mira las apariencias, Dios mira el corazón* (1 Sam 16, 7). Dios no ve amigos o enemigos, franceses o alemanes, Dios ve su corazón y a todos quiere salvar sin excepción. Pidámosle su ayuda por intercesión de santa Teresita para ser cada día más santos y más felices.

Nota.- A se refiere a la *Autobiografía* (Historia de un alma) de santa Teresita.

DOCTRINA DE LA INFANCIA ESPIRITUAL

Este es el caminito fácil y rápido para llegar a la santidad que nos enseñó santa Teresita. Camino ratificado por la Iglesia, al nombrarla por ello doctora de la Iglesia. Este caminito consiste en hacerse como niños para acercarnos a nuestro Padre Dios. Es el camino de la confianza y del abandono total en la providencia de Dios, como un niño que se deja llevar con confianza en los brazos de su madre.

Ella quería ser, según sus escritos, la florecilla de Jesús, la pelotita del niño Jesús, un pequeño granito de arena, un pajarito, un bebé para su padre Dios. Ella misma se lo explica así a su hermana sor Inés de Jesús: *Ser niño es reconocer uno la propia nada, esperar todo de Dios, como un niño lo espera todo de su padre; es no preocuparse de nada, no ganar dinero. Aun en las casas de los pobres, se le da al niño lo que necesita, pero en cuanto se hace mayor, su padre se niega ya a alimentarle y le dice: ahora trabaja, puedes bastarte a ti mismo. Yo no he querido crecer, precisamente para no oír eso, sintiéndome incapaz de ganarme la vida, la vida eterna del cielo. He permanecido, pues, siempre pequeña, sin otra ocupación que la de recoger flores, las flores del amor y del sacrificio, ofreciéndoselas a Dios para su recreo.*

Ser pequeño significa, además, no atribuirse a sí mismo las virtudes que se practican, creyéndose capaz de algo, sino reconocer que Dios pone ese tesoro de la virtud en la mano de su niño para que se sirva de él cuando lo necesite; pero es siempre el tesoro de Dios. Por último, es no desanimarse por las propias faltas, porque los niños caen a menudo, pero son demasiado pequeños para hacerse mucho daño...

Si soy humilde, tendré el derecho de cometer, sin ofender a Dios, pequeñas travesuras hasta mi muerte. Mirad a los niños: no cesan de romper, de rasgar, de caer, a pesar de amar mucho, mucho a sus padres. ¡Ah! Cuando caigo así, a lo niño, toco como con el dedo mi propia nada y mi debilidad, y pienso: ¿Qué sería de mí, qué haría, si me apoyase en mis propias fuerzas? ¹.

En su Autobiografía nos dice: **Me considero un débil pajarillo cubierto solamente con un ligero plumón... ¡Oh, Jesús, cómo se alegra tu pajarillo de ser débil y pequeño! ¿Qué sería de él si fuera grande? Nunca tendría la audacia de comparecer en tu presencia, de dormitar delante de Ti.**

¹ Sor Inés de Jesús, Proceso Ordinario de canonización de santa Teresita, p. 204.

Sí, ésta es también una debilidad del pajarillo cuando quiere mirar fijamente al divino Sol y las nubes no le dejan ver ni un solo rayo; a pesar suyo, sus ojitos se cierran, su cabecita se esconde bajo el ala, y el pobrecito se se duerme, creyendo seguir mirando fijamente a su Astro querido.

Al despertarse, no se desconsuela, su corazoncito permanece en paz. Vuelve a comenzar su oficio de amor. Invoca a los ángeles y a los santos, que se elevan como águilas hacia el Foco devorador, objeto de su deseo. Y las águilas, compadeciéndose de su hermanito, lo protegen, lo defienden, y ponen en fuga a los buitres, que quisieran devorarlo.

El pajarillo no teme a los buitres, imágenes de los demonios. No está él destinado a ser su presa, sino la del Águila que él contempla en el centro del Sol del amor.

¡Oh Verbo divino! ¡Eres Tú el Águila adorada que yo amo, la que me atrae! Eres Tú el que, lanzándote a la tierra del destierro, quisiste sufrir y morir a fin de atraer a las almas hasta el centro del eterno foco de la Trinidad bienaventurada. Eres Tú el que, remontándote hacia la Luz inaccesible que será para siempre tu morada, permaneces todavía en el valle de las lágrimas, escondido bajo la apariencia de una hostia blanca.

Águila eterna, quieres alimentarme con tu divina sustancia, a mí, pobrecito ser, que volvería a la nada, si tu divina mirada no me diese la vida a cada instante. ¡Oh, Jesús, déjame que te diga, en el exceso de mi gratitud, déjame que te diga que tu amor llega hasta la locura! ¿Cómo quieres que ante esta locura mi corazón no se lance hacia tí? ¿Cómo habría de tener límites mi confianza?

¡Ah! Sé que por Ti los santos hicieron también locuras, realizaron grandes cosas, porque eran águilas.

Jesús, yo soy demasiado pequeña para hacer grandes cosas, y mi locura consiste en esperar que tu amor me acepte como víctima. Mi locura consiste en suplicar a las águilas, mis hermanas, que me obtengan la gracia de volar hacia el Sol del amor con las propias alas del Águila divina.

Por el tiempo que quieras, ¡oh, Amado mío!, tu pajarillo permanecerá sin fuerzas y sin alas. Seguirá con los ojos fijos en Ti, quiere quedar embelesado por tu mirada divina, quiere convertirse en presa de tu amor.

Un día, yo lo espero, vendrás, Águila adorada, a buscar a tu pajarillo; y remontándote con él hasta el Foco del amor, le hundirás por toda la

eternidad en el ardiente abismo de ese amor, al cual se ofrece él mismo como víctima.

¡Oh Jesús! ¡Que pueda yo revelar a todas las almas pequeñas cuán inefable es tu condescendencia! Siento que si, por un imposible, encontrases a un alma más débil, más pequeña que la mía, te complacerías en colmarla de favores mayores todavía, con tal que ella se abandonara con entera confianza a tu misericordia infinita.

Pero ¿por qué estos deseos de comunicar tus secretos de amor, oh Jesús? ¿No fuiste únicamente Tú el que me los enseñó a mí? ¿Y no puedes, acaso, revelárselos a los demás? Sí, estoy segura de ello, y te conjuro a que lo hagas. Te suplico que abajes tu mirada divina hacia un gran número de almas pequeñas. ¡Te suplico que escojas una legión de pequeñas víctimas dignas de tu AMOR! ²...

Siempre he deseado ser santa. Pero ¡ay!, cuantas veces me he comparado con los santos, siempre he comprobado que entre ellos y yo existe la misma diferencia que entre una montaña, cuya cima se pierde en los cielos y el oscuro grano de arena que a su paso pisan los caminantes.

Pero en vez de desanimarme, me he dicho a mí misma: Dios no podría inspirar deseos irrealizables; por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Acrecerme es imposible; he de soportarme a mí misma tal y como soy, con todas mis imperfecciones. Pero quiero hallar el modo de ir al cielo por un caminito muy recto, muy corto; por un caminito del todo nuevo. Estamos en el siglo de los inventos. Ahora no hay que tomarse ya el trabajo de subir los peldaños de una escalera; en las casas de los ricos el ascensor la suple ventajosamente. Pues bien, yo quisiera encontrar también un ascensor para elevarme hasta Jesús, pues soy demasiado pequeña para subir la ruda escalera de la perfección.

Entonces, busqué en los libros sagrados la indicación del ascensor, objeto de mi deseo, y hallé estas palabras salidas de la boca de la Sabiduría eterna: *Si alguno es PEQUEÑITO, que venga a mí* (Prov 9, 4).

Me acerqué, por lo tanto, adivinando que había encontrado lo que buscaba. Y deseando saber lo que haríais, ¡oh, Dios mío!, con el pequeñito que respondiese a vuestra llamada, continué mis pesquisas, y he aquí lo que hallé: —*¡Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo, os llevaré en mi regazo y os meceré sobre mis rodillas!* (Is 66, 12-13).

² *Autobiografía* (Historia de un alma), fol5, pp. 262-264.

¡Ah, nunca palabras más tiernas, más melodiosas, me alegraron el alma! ¡El ascensor que ha de elevarme al cielo son vuestros brazos, ¡oh, Jesús! Por eso, no necesito crecer, al contrario, he de permanecer pequeña, empequeñecerme cada vez más ³.

Sor Inés de Jesús nos aclara que para Teresita hacerse niño era: *Esperarlo todo de Dios, como un niño lo espera todo de su padre. Esto fue practicado al pie de la letra por sor Teresa el Niño Jesús, la cual se mantuvo siempre pendiente de la voluntad de su Dios, e incluso de sus caprichos, en todas las cosas; vivió “con los ojos fijos” en Dios, interpretando la expresión de su rostro, para adivinar lo que más le gustaba y realizarlo inmediatamente ⁴...*

Decía: Yo no soy más que una niña, impotente y débil. No obstante, es esta mi misma debilidad la que me inspira la audacia de ofrecerme como víctima a tu amor, ¡oh, Jesús! Antiguamente, sólo las hostias puras y sin mancha eran aceptadas con agrado por el Dios fuerte y poderoso. Para satisfacer a la justicia divina eran necesarias víctimas perfectas.

Pero a la ley del temor ha sucedido la ley del amor, y el Amor me ha escogido a mí, débil e imperfecta criatura. ¿No es, acaso, digna del Amor esta elección? Sí. Para que el Amor quede plenamente satisfecho, es necesario que se abaje hasta la nada y que transforme en fuego esta nada.

¡Oh, Jesús! Sé que el amor sólo con amor se paga. Por eso, he buscado, he hallado el modo de desahogar mi corazón, devolviéndote amor por amor ⁵...

¡Ah! Si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el alma de vuestra Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cumbre de la montaña del amor, pues Jesús no pide grandes obras, sino solamente abandono y agradecimiento. He aquí todo lo que Jesús exige de nosotros. No tiene necesidad alguna de nuestras obras, sino solamente de nuestro amor. Porque ese mismo Dios que declara no tener necesidad de decirnos si tiene hambre, no vacila en mendigar un poco de agua de la samaritana. Tenía sed. Pero al decir: “dame de beber”, era el amor de su pobre criatura lo que el Creador del universo reclamaba. Tenía sed de amor ⁶.

³ Autobiografía, fol2-3, pp. 270-271.

⁴ Proceso Apostólico, p. 166.

⁵ A, fol 4, p. 257.

⁶ A, fol 1, p. 247.

Su hermana sor María del Sagrado Corazón manifiesta: *En lo que más sobresalió fue en su amor a Dios, tan confiado y tan tierno, que al final de su vida, al igual que la oí llamar a la Santísima Virgen “mamá”, la oí también varias veces llamar a Dios, con un candor entrañable: “Papá Dios”.*

A propósito de sus sufrimientos, decía: “Dejad obrar a Papá Dios, Él sabe muy bien lo que necesita su pequeño bebé”. Yo le dije: “¿Luego sois un bebé?”. Asumió entonces un aire lleno de gravedad, y me contestó: “¡Sí, pero un bebé que piensa muy profundamente! Un bebé que es un anciano”. Nunca como en aquel momento conocí cuánta virilidad escondía su caminito de infancia, y me pareció muy justo que se apropiase, en su manuscrito, estas palabras de David: “Soy joven, y, sin embargo, me he hecho más prudente que los ancianos”⁷.

Al padre Roulland, el 9 de mayo de 1897, le escribía: *Mi camino es todo de confianza y de amor, no comprendo a las almas que tienen miedo de un amigo tan tierno. A veces, cuando leo ciertos tratados espirituales donde la perfección está expuesta con mil obstáculos, rodeada de una multitud de ilusiones, mi pobrecito espíritu se fatiga muy pronto, cierro el docto libro que me rompe la cabeza y me deseca el corazón, y tomo la Escritura Santa. Entonces todo me parece luminoso, una sola palabra descubre a mi alma horizontes infinitos, la perfección me parece fácil; veo que basta reconocer la propia nada y abandonarse como un niño en los brazos de Dios.*

Y ella nos aclara: Soy una niña. Los niños no reflexionan sobre el alcance de sus palabras. Sin embargo, sus padres, cuando ocupan un trono y poseen inmensas riquezas, no vacilan en satisfacer los deseos de sus pequeñuelos, a quienes aman como a sí mismos; por complacerles, hacen locuras, se tornan incluso débiles. Pues bien, yo soy la hija de la Iglesia, y la Iglesia es Reina, puesto que es tu Esposa, ¡oh, divino Rey de reyes!

No son las riquezas ni la gloria (ni siquiera la gloria del cielo) lo que reclama el corazón del niño. Comprende que la gloria pertenece de derecho a sus hermanos, los ángeles y los santos. En cuanto a él, su gloria será el reflejo de la que irradie la frente de su Madre.

Lo que pide es el amor. El niño no puede hacer más que una cosa: ¡amarte, oh, Jesús! Las obras deslumbrantes le están vedadas; no puede predicar el Evangelio, derramar su sangre. ¡Pero qué importa! Sus hermanos trabajan en su lugar, y él, pequeño niño, se mantiene cerquita del trono del Rey y de la Reina, ama por sus hermanos que combaten.

⁷ Proceso Apostólico, p. 231.

Pero ¿cómo demostrará él su amor, si el amor se prueba con obras? Pues bien, el niño arrojará flores, perfumará con sus aromas el trono real, cantará con su voz argentina el cántico del amor.

¡Oh, Amado mío, así es como se consumirá mi vida! No tengo otro modo de probarte mi amor que arrojando flores, es decir, no desperdiciando ningún pequeño sacrificio, ninguna mirada, ninguna palabra, aprovechando las más pequeñas cosas y haciéndolas por amor.

Quiero sufrir por amor, y hasta gozar por amor, de esta manera arrojaré flores delante de tu trono. No hallaré flor en mi camino que no deshoje para Ti... Además, al arrojar mis flores, cantaré (¿se podría llorar al ejecutar una acción tan gozosa?), cantaré aun cuando tenga que coger mis flores de en medio de las espinas. Y tanto más melodioso será mi canto, cuanto más largas y punzantes sean las espinas.

¿De qué te servirán, Jesús, mis flores y mis cantos? ¡Ah! Estoy segura de que esa lluvia perfumada, esos pétalos frágiles y sin ningún valor, esos cantos de amor del más pequeño de los corazones te embelesarán. Sí, esas nadas te complacerán, harán sonreír a la Iglesia triunfante, la cual recogerá mis flores deshojadas por amor y las hará pasar por tus manos divinas, ¡oh, Jesús!

Y una vez que esas flores hayan cobrado a tu divino contacto un valor infinito, la Iglesia del cielo, queriendo jugar con su niño, las arrojará, también ella, sobre la Iglesia paciente para apagar sus llamas, las arrojará sobre la Iglesia militante para hacerla conseguir la victoria.

¡Oh, Jesús mío, te amo! Amo a la Iglesia, mi Madre. Recuerdo que el más pequeño movimiento de PURO AMOR le es más útil [a la Iglesia] que todas las demás obras juntas...

Jesús, Jesús, si tan delicioso es el deseo de amarte, ¿qué será poseer al Amor, gozar del Amor? ¿Cómo un alma tan imperfecta como la mía puede aspirar a poseer la plenitud del Amor?

¡Oh, Jesús, mi primero, mi solo Amigo! Tú, a quien ÚNICAMENTE amo, dime, ¿qué misterio es éste? ¿Por qué no reservas estas inmensas aspiraciones para las almas grandes, para las águilas que aletean en las alturas? ⁸.

⁸ A, fol 4, pp. 258-260.

Un día, al pensar en la posible persecución religiosa en Francia, dijo: **Yo soy un bebé y no me preocupo en absoluto. Yo iré donde el buen Dios quiera**⁹.

Me he esforzado por ser un niño pequeño, no tengo que hacer preparativos. Jesús mismo debe pagar todos los gastos del viaje y el precio de la entrada al cielo ¹⁰.

*Su amor a Dios Padre llegaba hasta la ternura filial. Un día, durante su enfermedad, al hablar de Dios le aconteció tomar una palabra por otra y le llamó Papá. Nosotras nos echamos a reír, pero ella muy emocionada replicó: Oh, sí, Dios es verdaderamente mi Papá. Y qué dulce me resulta darle este nombre*¹¹.

También dice: **Soy la pelotita del niño Jesús. Si él quiere romper su juguete, es muy dueño de hacerlo. Yo quiero todo lo que Él quiera** ¹².

Quiero ser un granito de arena muy oscuro, muy escondido a todas las miradas, que sólo Jesús pueda verlo. Que se haga cada vez más pequeño, que se reduzca a nada ¹³.

Solía decir: **¡Oh, niño Jesús, mi único tesoro!, me abandono a tus divinos caprichos. No quiero otra alegría que la de hacerte sonreír. Imprime en mí tu gracia y tus virtudes infantiles a fin de que, el día de mi nacimiento en el cielo, los ángeles y los santos reconozcan en mí a tu pequeña esposa: Teresa del Niño Jesús** ¹⁴.

⁹ Teresa de san Agustín, Proceso Apostólico, p. 331.

¹⁰ Carta a su hermana Leonia del 12 de julio de 1896.

¹¹ Sor Genoveva de la santa Faz, Proceso Apostólico, p. 281.

¹² Carta a sor Inés de Jesús del 20 de noviembre de 1887.

¹³ Carta a sor María del Sagrado Corazón, de mayo de 1888.

¹⁴ Sor Genoveva de la santa Faz, Proceso Apostólico, p. 264.

SU VOCACIÓN AL AMOR

Todo el sentido de su vida y su vocación fue la de amar al Amor, amar a Dios con todo su corazón, sin condiciones ni medias tintas. Quería ser toda para Él y, por eso, se ofreció como víctima a la misericordiosa divina. Su amor a Dios fue tan grande que un día pudo afirmar: **Creo que no he estado nunca tres minutos sin pensar en Dios¹⁵. Desde los tres años nunca le he negado nada a Dios¹⁶.**

Trataba en todo de hacerlo feliz con sus pequeñas acciones y sacrificios, incluso en los momentos de sequedad, cuando no sentía nada en la oración.

Le escribía a su hermana sor Genoveva el 18 de julio de 1893: **Cuando no siento nada, cuando soy incapaz de orar, de practicar la virtud, entonces es el momento de buscar pequeñas ocasiones, nada que agradan a Jesús más que el imperio del mundo, más aún que el martirio sufrido generosamente. Por ejemplo, una sonrisa, una palabra amable cuando tendría ganas de callarme o de mostrar un semblante enojado. Cuando no tengo ocasiones, quiero, al menos, decirle con frecuencia que le amo; esto no es difícil, y alimenta el fuego en mi corazón. Aun cuando me pareciese que está apagado este fuego de amor, me gustaría echar en él algunas pajitas, y Jesús podrá entonces reavivarlo¹⁷.**

Y escribió en su Autobiografía: **Sabéis, ¡oh, Dios mío!, que nunca he deseado otra cosa sino amaros, no ambiciono otra gloria. Vuestro amor me previno desde la infancia, creció conmigo, y ahora es un abismo cuya profundidad me es imposible medir. El amor llama al amor; por eso, Jesús mío, mi amor se lanza hacia Vos, quisiera llenar el abismo que le atrae, pero, ¡ay, no es ni siquiera una gota de rocío perdida en el océano! Para amaros como Vos me amáis, necesito pedir prestado vuestro propio amor. Sólo así hallo el reposo¹⁸.**

Ser tu esposa, ¡oh, Jesús!, ser carmelita, ser por mi unión contigo madre de las almas, debiera bastarme. No es así. Ciertamente, estos tres privilegios constituyen mi vocación: Carmelita, Esposa y Madre.

Sin embargo, siento en mí otras vocaciones: Siento la vocación de GUERRERO, de SACERDOTE, de APÓSTOL, de DOCTOR, de MÁRTIR. Siento, en una palabra, la necesidad, el deseo de realizar por Ti, Jesús, las más heroicas

¹⁵ Inés de Jesús, Proceso Ordinario, p. 246.

¹⁶ Proceso Apostólico, p. 234.

¹⁷ Proceso Apostólico, p. 298.

¹⁸ A, fol 35, p. 336.

acciones. Siento en mi alma el valor de un cruzado, de un zuavo pontificio. Quisiera morir sobre un campo de batalla por la defensa de la Iglesia.

Siento en mí la vocación de SACERDOTE. ¡Con qué amor, oh, Jesús, te llevaría en mis manos cuando, al conjuro de mi voz, bajaras del cielo! ¡Con qué amor te daría a las almas! Pero, ¡ay! Aun deseando ser sacerdote, admiro y envidio la humildad de san Francisco de Asís, y siento la vocación de imitarle rehusando la sublime dignidad del sacerdocio.

¡Oh, Jesús, amor mío, vida mía! ¿Cómo hermanar estos contrastes? ¿Cómo realizar los deseos de mi pobrecita alma? ¡Ah! A pesar de mi pequeñez, quisiera iluminar a las almas, como los profetas y los doctores.

Tengo la vocación de apóstol. Quisiera recorrer la tierra, predicar tu nombre, y plantar sobre el suelo infiel tu Cruz gloriosa. Pero, ¡oh, Amado mío!, una sola misión no me bastaría. Desearía anunciar al mismo tiempo el Evangelio en las cinco partes del mundo, y hasta en las islas más remotas.

Quisiera ser misionero, no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y seguir siéndolo hasta la consumación de los siglos. Pero desearía, sobre todo, ¡oh, amadísimo Salvador mío!, derramar por Ti hasta la última gota de mi sangre ¹⁹.

Sor Genoveva manifiesta: Acariciaba frecuentemente a su crucifijo con flores, y cuando se entregaba al reposo, le ataba una florecilla; y apenas ésta empezaba a secarse, por poco que fuese, enseguida la reemplazaba por otra, porque no sufría ver en él flores marchitas. Aun estando todavía en plena salud, cuando arrojaban rosas al crucifijo del patio, ella deshojaba muy cuidadosamente los pétalos, a fin de no echar más que los muy frescos a los pies de Jesús.

Un día en que la vi, muy atenta, tocando la corona de espinas y los clavos de su crucifijo, le dije: “¿Qué estáis haciendo?”. Entonces, con expresión de asombro al verse sorprendida, me dijo: “Le desclavo... y le quito su corona de espinas”.

Una de sus últimas noches, la encontré con las manos juntas y los ojos fijos en el cielo: “¿Qué hacéis así? —le dije—; deberíais tratar de dormir”. “No puedo —me respondió—; entonces rezo”. “¿Y qué le decís a Jesús?” —“No le digo nada, le amo” ²⁰.

¹⁹ A, fol 3, pp. 253-254.

²⁰ Proceso Ordinario, p. 310.

Decía: Quisiera amarlo tanto como nunca ha sido amado. Mi único deseo es hacer siempre la voluntad de Jesús, enjugar las lágrimas que le hacen derramar los pecadores... Quisiera convertir a todos los pecadores de la tierra y salvar a todas las almas del purgatorio ²¹.

Jesús es mi director y Él no me enseña a contar mis actos, me enseña a hacerlo todo por amor, a no negarle nada, a estar contenta, cuando Él me da una ocasión de probarle que le amo. Pero eso se hace en la paz y en el abandono. Jesús lo hace todo y yo no hago nada ²².

¡Qué dulce es el camino del amor! Ciertamente se puede caer, se pueden cometer infidelidades, pero el amor, haciéndolo todo de un sabor, bien pronto consume todo lo que puede disgustar a Jesús, no dejando más que una humilde y profunda paz en el fondo del corazón ²³.

¡Oh, qué dulce es el camino del amor! ¡Cómo deseo aplicarme con el más absoluto abandono a cumplir siempre la voluntad de Dios! ²⁴

Un día comprendí que la Iglesia tenía un corazón, comprendí que la Iglesia *tenía un corazón*, y que este corazón estaba ARDIENDO de AMOR.

Comprendí que sólo el amor era el que ponía en movimiento a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegara a apagarse, los apóstoles no anunciarían ya el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre.

Comprendí que el AMOR ENCERRABA TODAS LA VOCACIONES, QUE EL AMOR LO ERA TODO, QUE EL AMOR ABARCABA TODOS LOS TIEMPOS Y TODOS LOS LUGARES... EN UNA PALABRA, ¡QUE EL AMOR ES ETERNO!

Entonces, en el exceso de mi alegría delirante, exclamé: ¡Oh Jesús, amor mío! Por fin, he hallado mi vocación, ¡MI VOCACIÓN ES EL AMOR!

Sí, he hallado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, ¡oh, Dios mío!, Vos mismo me lo habéis dado. ¡En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor! ¡Así lo seré todo, así mi sueño se verá realizado! ²⁵.

²¹ Carta a Sor Inés de Jesús para su toma de hábito, probablemente del 8 de enero de 1889.

²² Carta a Celina del 6 de julio de 1893.

²³ A, fol 83, p. 235.

²⁴ A, fol 84, p. 238.

²⁵ A, fol 3, p. 256.

MISIONERA ESPIRITUAL

Decía al padre Bellière: **Si Jesús realiza mis presentimientos, os prometo seguir siendo vuestra hermana allí arriba. Nuestra unión, lejos de romperse, se hará más íntima. Allí ya no habrá más clausura ni más rejas, y mi alma podrá volar con vos a las lejanas misiones** ²⁶.

Y al padre Roulland: **Me es muy dulce pensar que, desde toda la eternidad, nuestro Señor formó esta unión que ha de salvarle almas y que me creó para ser vuestra hermana** ²⁷. La distancia no podrá separar nunca nuestras almas. La muerte misma hará más íntima nuestra unión. Si voy pronto al cielo, pediré a Jesús el permiso para ir a visitaros a Su-Tchuen y continuaremos juntos nuestro apostolado ²⁸.

Le decía a su hermana sor Inés de Jesús el 17 de junio de 1897: **Presiento que voy a entrar en el descanso. Pero presiento, sobre todo, que mi misión va a empezar: mi misión de hacer amar a Dios como yo le amo, de dar a las almas mi “caminito”. Si Dios escucha mi deseo, pasaré mi cielo en la tierra hasta el fin del mundo. Sí, quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra. Eso no es imposible, pues desde el seno mismo de la visión beatífica, los ángeles velan por nosotros. No podré gozar de mi descanso mientras haya almas que salvar. Pero cuando el ángel haya dicho: “Se acabó el tiempo”, entonces descansaré, porque el número de los elegidos estará completo y todos habrán entrado en el gozo y en el descanso... Mi corazón salta de alegría al pensar en esto. — ¿Qué camino es el que queréis enseñar a las almas?, le dije. —Madre mía, es el camino de la infancia espiritual, el camino de la confianza y del total abandono. Quiero enseñarles los pequeños medios que tan buen resultado me han dado a mí, decirles que aquí abajo sólo hay una cosa que hacer: arrojar a Jesús las flores de los pequeños sacrificios, ganarle con caricias. Así le he ganado yo, y por eso seré bien acogida** ²⁹.

También dijo: **Después de mi muerte pasaré mi cielo haciendo el bien en la tierra. No hago del cielo una fiesta regocijante, no es eso lo que me atrae: pienso en todo el bien que deseo hacer después de mi muerte, como**

²⁶ Carta al padre Bellière del 24 de febrero de 1897.

²⁷ Carta al padre Roulland del 30 de julio de 1896.

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ Inés de Jesús, *Proceso Apostólico*, p. 200.

obtener el bautismo de los niños, convertir a los pecadores, ayudar a los sacerdotes, a los misioneros, a toda la Iglesia ³⁰.

Un día en el comedor se leía un pasaje de la vida de san Luis Gonzaga, donde se dice que un enfermo, que solicitaba su curación, vio caer sobre su lecho una lluvia de rosas, como símbolo de la gracia que le iba a ser concedida. Sor Teresa dijo: **También yo después de mi muerte haré caer (sobre el mundo) una lluvia de rosas** ³¹.

En el mes de septiembre de 1897 dijo: **La pequeña Teresa deshoja todavía para Jesús la rosa primaveral. Y como los pétalos resbalaran de su cama al suelo de la enfermería, dijo: Recoged con cuidado esos pétalos, hermanitas mías, un día os servirán para hacer obsequios. No perdáis ni uno**³².

Al padre Roulland le escribía el 14 de julio de 1897: **¡Hermano mío, lo presiento!: os seré mucho más útil en el cielo que en la tierra, y os anuncio con alegría mi próxima entrada en esa bienaventurada ciudad, segura de que compartiréis mi gozo y daréis gracias al Señor por haberme dado el medio de ayudaros más eficazmente en vuestros trabajos apostólicos.**

Cuento con no estar inactiva en el cielo; mi deseo es el de seguir trabajando por la Iglesia y por las almas; se lo pido a Dios, y estoy segura de que Él me escuchará. Desde hace mucho tiempo el sufrimiento se ha convertido en mi cielo aquí abajo y me cuesta, verdaderamente, concebir cómo podré aclimatarme en un país, donde la alegría reina sin mezcla alguna de tristeza. Será necesario que Jesús transforme mi alma y le conceda la capacidad de gozar; de lo contrario, no podré soportar las delicias eternas.

Lo, que me atrae hacia la patria de los cielos es la llamada del Señor, la esperanza de amarle por fin como tanto he deseado, y el pensamiento de que podré hacerle amar de una multitud de almas que le bendecirán eternamente.

³⁰ Inés de Jesús, Proceso Apostólico, p. 175.

³¹ María del Sagrado Corazón, Proceso Ordinario, p. 248.

³² Inés de Jesús, Proceso Ordinario, pp. 215-216.

EN LAS MISIONES

El mismo padre Roulland manifestó en el Proceso: *En mi misión, durante una persecución, 200 mujeres se refugiaron en mi casa. Los bandidos aprovecharon mi ausencia y se prepararon para asaltarla. Al momento de ponerse en marcha, hicieron sus oraciones a sus dioses, haciendo explotar algunos petardos en su honor. Pero uno de ellos hizo explotar la pólvora que tenían y la explosión hizo saltar el lugar, matando y dejando heridos a un buen número de bandidos. El resto escapó y los cristianos quedaron salvados del peligro. Yo no he dudado ni un instante de la protección de sor Teresa, que me había prometido velar por mí y por mis cristianos, y a quien yo encomendaba cada día los asuntos de la misión. Esto ocurrió en 1904* ³³.

Yo puedo dar testimonio del poder de su intercesión en las misiones de Japón, de la China y de las Indias Orientales. Ejerce una influencia manifiesta en la conversión de las almas y de su santificación. En el Japón muchas religiosas trapenses deben a ella su vocación ³⁴.

Los misioneros se ponen bajo su protección. Monseñor Deronin, al fundar una Comunidad de vírgenes chinas en Chung King (Sutchuen), puso su Obra bajo la protección de sor Teresa y su Comunidad hizo muchos progresos. Monseñor Arlas, misionero en Chentu (China), se acuerda con alegría de su peregrinación a la tumba de sor Teresa sobre la que escribió algunos versos, escritos por él, manifestando su admiración y pidiendo su protección. Monseñor Holham y Guénan de Hong-Kong tienen los mismos sentimientos. Monseñor Ferlay de Siam me ha hablado personalmente de todo el bien que le ha hecho sor Teresa del Niño Jesús. Monseñor Vial, de Yannan, me ha dado una carta para que la envíe al Carmelo y me dice: “Ahora no dejo de pensar en ella y quiero amar a Jesús como ella”. Monseñor Nassoy, misionero de las Indias, me ha escrito: “Tengo una gran devoción a sor Teresa del Niño Jesús, ya que por ella Dios me ha dado muchas gracias y he hecho todo lo posible para hacerla conocer en las Indias. No tengo más que un deseo: trabajar todo lo que pueda para su glorificación” ³⁵.

Según certifica sor María del Sagrado Corazón: *El reverendo padre Ireneo, misionero apostólico en WeiHsien (China), escribió al Carmelo: “Debo decir que a nuestra querida florecilla se le rinde honor en nuestro Vicariato. Hay aquí un dispensario que ha enviado ya al cielo a millares de niñitos chinos, gracias al bautismo administrado a los que se encuentran en peligro de muerte.*

³³ Proceso Ordinario, p. 377.

³⁴ Proceso Apostólico, p. 527.

³⁵ Proceso Ordinario, pp. 375-376.

Ahora bien, este año, una epidemia desencadenada en la región ha hecho que bautizásemos a dos mil niños en dos meses. He felicitado, por ello, a los carros de las bautizantes que recorren las aldeas. Añado que, a lo largo de su viaje, las bautizantes invocaban a sor Teresa, e imponían su nombre a la mayor parte de las niñas”.

APARICIONES DE SOR TERESA

Reina Fauquet (cuatro años y medio), en Lisieux, fue curada súbitamente de queratitis flictenular, el 26 de mayo de 1908, tras una aparición de sor Teresa. El 6 de julio de 1908, el doctor Decaux de Lisieux atestiguó su curación completa, confirmada el 7 de diciembre del mismo año por el doctor La Néele.

El hermano Pablo, trapense de Rogersville (Canadá), fue curado súbitamente de una grave lesión en la rodilla, en enero de 1910, tras una aparición de la sierva de Dios. El doctor Bourret, de Rogersville, entregó el 22 de abril de 1910, un certificado médico en estos términos: *La curación de esta lesión, tan frecuentemente causa de enfermedades, fue tan rápida que creo debermío atribuirle a una causa del todo sobrenatural* ³⁶.

También fue curado súbitamente un pequeño malgache moribundo después de la aparición de sor Teresa, según el testimonio de su madre. La señorita Clementina Derenne (de diecisiete años) de Laval (Mayenne), fue curada de albuminuria, de meningitis y de tuberculosis pulmonar, tras la aparición de la sierva de Dios el 2 de febrero de 1911 ³⁷.

Juliana Fouilloul (de once años) de Hautes-Foletiere (Orme) fue curada en el último día de una novena en noviembre de 1912 de una peritonitis tuberculosa; curación seguida de una aparición de sor Teresa ³⁸.

Su hermana Leonia, sor Francisca Teresa, cuenta algo personal: *No recuerdo la fecha exacta, pero fue, según creo, en el invierno de 1900-1901. Aquella noche, asistía yo a maitines con tristeza y disgusto en el alma; una especie de desgana se había apoderado de mí, y bajo el peso de esta depresión penosa, recitaba muy perezosamente el Oficio divino. De repente, más rápida que un relámpago, una forma luminosa apareció sobre nuestro libro de Horas. Quedé enteramente deslumbrada, pero sin experimentar miedo alguno. Sólo un instante después me di perfecta cuenta de que era una mano lo que había visto. Todas las luces de la tierra juntas no pueden comparársele, tan bella era aquella*

³⁶ Inés de Jesús, Proceso Apostólico, pp. 213-214.

³⁷ Inés de Jesús, Proceso Apostólico, p. 215.

³⁸ Inés de Jesús, Proceso Apostólico, p. 217.

mano. “Es mi buen ángel que viene a llamarme al orden”. —pensé al principio— “Pero no —me dije en seguida—, mi ángel no tiene manos: no puede ser más que mi hermanita Teresa”. Creo firmemente que fue ella en efecto, porque me sentí perfectamente consolada: una deliciosa paz inundaba mi alma. ¡Cuántas veces, después de esta visita del cielo, he deseado volver a ver aquella mano bendita y querida! Pero, muy a mi pesar, nunca la he vuelto a ver³⁹.

APARICIONES EN GALIPOLLI

Veamos la carta que la Madre Carmela del Corazón de Jesús, del Carmelo de Gallipoli (Italia), envió el 25 de febrero de 1910 al Carmelo de Lisieux.

Reverenda Madre: Le envío la relación del milagro recibido en nuestro favor. Sobre esto hay en Roma un documento firmado, no solamente por todas nuestras hermanas, sino también por el obispo y una comisión de sacerdotes.

En la noche del 16 de enero yo estaba muy enferma. Acababan de dar las tres de la mañana y, casi agotada, me levanté un poco del lecho para respirar mejor. Después me dormí y, en sueños, me sentí tocar por una mano. Yo creía que una de mis hermanas había venido a taparme y, sin abrir los ojos, le dije: “Déjame, estoy empapada de sudor”. Entonces, una dulce voz me dijo: “Es algo bueno lo que estoy haciendo”, y continuó cubriéndome. Añadió: “El buen Dios se sirve de los habitantes celestes como de los terrestres para socorrer a sus servidores. Aquí hay 500 francos para que se paguen las deudas de la Comunidad”.

Yo respondí que la deuda era de 300 francos. Ella replicó: “El resto será para otras cosas. Pero como usted no puede guardar el dinero en la celda, venga conmigo”. Yo pensé: ¿Cómo me voy a levantar, si estoy llena de sudor? Entonces la visión celeste, conociendo mi pensamiento, me dijo sonriente: “La bilocación nos ayudará”. Y, al momento, me encontré fuera de la celda en compañía de una joven hermana carmelita, cuyos hábitos dejaban transparentar una claridad del paraíso.

Ella me condujo a la habitación donde estaba el torno y me hizo abrir una caja donde había una nota con la deuda de la Comunidad. Allí puso los 500 francos. Yo me arrodillé para agradecerse, diciéndole: “Santa Madre”, pero ella acariciándome con afecto, dijo: “Yo no soy nuestra santa Madre (santa Teresa de Ávila). Yo soy la sierva de Dios sor Teresa de Lisieux”. Después posó

³⁹ Proceso Ordinario, pp. 358-359.

su mano sobre mi velo como para ajustarlo y me hizo una caricia fraternal, alejándose lentamente.

Yo le dije: “Espere, puede equivocarse el camino”. Y respondió: “No, no, mi camino es seguro y yo no me he equivocado al seguirlo”. Me desperté y, a pesar del agotamiento, me levanté y descendí al coro, donde recibí la santa comunión. Las hermanas me miraron y, pensando que estaba enferma, quisieron llamar al médico. Me preguntaban qué me pasaba. Yo les conté con simplicidad el sueño. Ellas me insistieron en que abriera la caja a ver si estaban los 500 francos, pero yo les dije que no había que creer a los sueños.

Ante su insistencia fui al torno, abrí la caja y encontré milagrosamente los 500 francos. Por ello todas nosotras hacemos votos para que pronto sor Teresa, nuestra gran protectora, llegue a los altares. Sor Carmela del Corazón de Jesús, Priora.

En otra carta de la misma Madre Carmela, de septiembre de 1910, dice: A fines de enero, a pesar del cuidado con que nuestra Madre ecónoma llevaba las cuentas, encontramos en los ingresos un extra de 25 liras, que no nos podíamos explicar, sino pensando que sor Teresa del niño Jesús las había puesto en la caja. El obispo quiso que yo separara el dinero de la Comunidad de lo que nos quedaba, que había venido del cielo.

A fines de febrero, de marzo y de abril, habíamos notado lo mismo: había dinero de más en la caja. En el mes de mayo yo he vuelto a ver a sor Teresa, me ha hablado de cosas espirituales y me ha dicho: “Para que te convenzas que he sido yo quien ha puesto el dinero de más, encontrarás en la caja un billete de 50 francos. Yo dejé pasar varios días y en el mes de junio encontramos los 50 francos. En la noche del 15 al 16 de julio, he vuelto a ver a sor Teresa y me prometió colocar 100 francos, dándome un billete de cinco liras. Yo no quise tomarlas y ella las depositó al pie de la imagen del Sagrado Corazón, que está en nuestra celda. Cuando sonó la hora de levantarnos, yo encontré este billete de cinco liras. Pocos días después, el obispo nos dijo que había perdido un billete de 100 francos y que esperaba que sor Teresa nos lo diera a nosotras.

El 6 de agosto vi de nuevo a sor Teresa, que tenía en la mano un billete de 100 francos. Este billete lo encontré en la caja y me di prisa para devolvérselo a Monseñor, pero él me lo devolvió para la Comunidad. Desde ese tiempo no nos ha enviado más dinero, porque la gente, conociendo nuestra pobreza y necesidad, empezó a enviarnos limosnas.

El 5 de septiembre la he vuelto a ver. Era la víspera de su exhumación. Me dijo que sólo encontrarían sus huesos, pero añadió que esos huesos benditos

harían muchos milagros y serían armas poderosas contra el demonio. ¿Qué más puedo decir, Reverenda Madre? Todas las hermanas, además de las gracias temporales, han recibido cada una en particular gracias muy personales y muy grandes. Madre Carmela del Corazón de Jesús ⁴⁰.

Estos mismos hechos fueron confirmados por Monseñor Nicolás Gianntasio, obispo de Nardo, en el Proceso ⁴¹.

PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Veamos algunos hechos concretos de la primera guerra mundial. En los archivos de las religiosas carmelitas descalzas de Lisieux hay más de 3.000 testimonios de soldados salvados de peligros por su devoción a sor Teresita (todavía no era santa). Los soldados de la Gran guerra (1914-1918) no solo enviaban cartas, sino también muestras de la intervención de sor Teresa como condecoraciones, medallones, balas, casquetes de balas de fusil o de obuses...

Augusto Cousinard del quinto regimiento de infantería, refiere: *El 21 de octubre de 1914 estuve visitando la tumba de la hermana Teresita y le tengo mucha confianza. Partí a la guerra sin confesarme. No lo hacía por respeto humano. Me había alejado de la Iglesia desde mi primera comunión, pero acepte llevar una reliquia y una imagen de Teresita. Muchas veces me he visto en peligro. Un día le pedí que pudiera volver sano con mi familia. De pronto, vi una nube que se abría y vi el rostro de la santa sobre el cielo azul. Creí que era una alucinación y me froté los ojos, pero no pude dudar de que era ella. Me fijé en sus ojos tan bellos, levantados al cielo como en oración. Desde ese momento, no me sentí más solo. Cuando fui evacuado por una enfermedad al hospital donde me curé, ya no tuve vergüenza de pedir la comunión* ⁴².

Paul Dugast, del 51 regimiento de artillería, nos dice: Un día nos faltó munición y en nuestra precipitación yo caí herido y mi cañón pasó sobre mis dos piernas. Me las debía haber aplastado, pues pesaba 4.000 libras. Mis compañeros corrieron para ayudarme, pero se quedaron sorprendidos al verme levantar sin el menor mal Y gritaron: *Milagro, milagro*. Yo les respondí: *Es mi pequeña Teresita quien lo ha hecho*. Y yo escribí con una tiza sobre mi cañón: *Batería hermana Teresa del Niño Jesús* ⁴³.

⁴⁰ Proceso Ordinario, pp. 97-99.

⁴¹ Proceso Ordinario, pp. 558-567.

⁴² *Plus forte que l'acier*, Ed. du Cerf, 2014, pp. 17-18.

⁴³ *Ib.* p. 20.

James Dalton, del regimiento fusilero del Royal Dublín, partí al frente el 11 de septiembre de 1914. Tengo una gran devoción a Teresita y no pasa un día sin invocarla. Una tarde de octubre de 1914 estaba yo en las trincheras y recé a la Pequeña Flor Teresita. De pronto, una religiosa se apareció delante de mí, a seis o siete pies de distancia. Era muy bella y estaba de rodillas, la cabeza inclinada y las manos juntas, pero su rostro tenía una expresión de profunda tristeza, como si tuviera piedad de nosotros. Yo la reconocí al momento. Algunas semanas más tarde, otras dos veces la vi en la misma actitud, pareciendo rezar por nosotros y yo siento su eficaz protección, que nos cubre todos los días ⁴⁴.

Constant Beaudeau, enfermero: Yo declaro haber recibido el golpe de un obús en el muslo derecho el 5 de marzo de 1915. Los doctores estaban preocupados y dudaban de extraerlo. Decían que no lo podían extraer sin afectar al nervio ciático. Fui evacuado al hospital de Vinça el 22 de abril. Los médicos me dijeron lo mismo, pero una enfermera me aplicó un apósito con una reliquia de la hermana Teresa del Niño Jesús y al día siguiente, había salido solo el pedazo de obús ⁴⁵.

Mulqueen, sargento irlandés, manifiesta: La hermana Teresita me protegió el 18 de mayo de 1915. Nuestra artillería había comenzado a disparar. Yo coloqué la bayoneta en el fusil y oí una voz muy dulce que me decía al oído: *Toma mi reliquia*. Como en un sueño, metí la mano al bolsillo y tome la reliquia. Con ella me sentí más tranquilo y me lancé al ataque. Me di cuenta de que la mitad de los soldados de nuestra compañía estaban muertos o heridos. Estábamos cuerpo a tierra y explotó un obús y mató a muchos otros de nuestros hombres. Yo me sentí herido en la pierna y en el pecho. Me parecía imposible poder volver a la trinchera sin ser muerto. Recé con fervor a Teresita y de nuevo oí su voz: *Vuelve, vuelve*. Obedecí con la reliquia en la mano y pude volver sin más daños a la trinchera, mientras explotaban obuses a mi alrededor ⁴⁶.

Camilo Moranges, sargento de ametralladoras, anota: Desde que estoy en el frente tengo una gran confianza en la hermana Teresita, que me ha salvado de muchos peligros. Un día una bala me rozó el cuello, dejándome una huella de quemado. Otro día un obús atravesó mi ropa, mi cartera, los papeles que llevaba y se detuvo en la imagen de la hermana Teresa en la que se incrustó. Envío esta imagen para su convencimiento y den gracias a Dios y a mi protectora ⁴⁷.

Lallement, del 3 regimiento de artillería, nos dice: El 30 de abril de 1916 tomé parte en un terrible fuego cruzado. De pronto recibí el golpe de un obús en

⁴⁴ Ib. p. 25.

⁴⁵ Ib. p. 36.

⁴⁶ Ib. pp. 48-49.

⁴⁷ Ib. p. 58.

pleno pecho y perdí el conocimiento. Cuando volví en mí, la batalla continuaba. Agotado y perdiendo sangre no tenía fuerzas para salir de la batalla. Me acordé de la santa protectora y le pedí que no me abandonara. Ella oyó mi voz suplicante y, entre las ráfagas de ametralladora, los camilleros llegaron a mí y me trasladaron al primer puesto de socorro, donde un bravo capellán me dio el sacramento de los enfermos. Estando estabilizado, le pedí a Teresita que me concediera la gracia de curarme la herida. Pude recuperarme, me trasladaron a Cherburgo y en mi primer permiso fui a visitar la tumba de la hermanita y le pedí que no me abandonara nunca ⁴⁸.

Paúl Henri Joly, soldado del 229 regimiento de infantería: Desde el principio de la guerra llevo siempre conmigo una reliquia de la hermana. He pasado momentos muy peligrosos, pero ella siempre me ha salvado. El 30 de julio de 1916 y los días siguientes nos ordenaron reforzar las tropas de la primera línea. Sufrimos un terrible bombardeo durante cuatro días. El 2 de agosto estábamos acurrucados media sección del regimiento alrededor de una casucha. Un religioso que nos acompañaba nos exhortaba a rezar y algunos rezaban el rosario. Yo rezaba a la Virgen y también invocaba a Teresita. De repente, mientras la batalla estaba fuerte, la vi al pie de una ametralladora. Me miraba y nos bendecía a todos. Me dijo sonriente: *No temáis nada, vengo para protegeros*. Yo grité a mis compañeros: *Veo a la hermana Teresa ella está ahí. Estamos salvados*. De hecho, ni uno de los nuestros sucumbió y pudimos salir del peligro sanos y salvos ⁴⁹.

Louis Picard, camillero: El 25 de septiembre de 1916 una bala explosiva me pasó a unos milímetros de la arteria carótida y caí sin conocimiento. Al volver en mí, me encomendé a Teresita en medio de mis dolores y fui aliviado al punto para poder ir a pie al puesto de socorro. El tren sanitario me llevó a Amiens. En el hospital comencé a sufrir mucho e invocaba a Teresa. De repente, en la noche del 8 al 9 de octubre, vi una claridad resplandeciente y una bella corona. Al instante, cesaron mis sufrimientos y comenzó mi curación ⁵⁰.

Henri Sevellec, caporal de ametralladora: En noviembre de 1914 yo, como acostumbra, me encomendé a Teresita, la pequeña flor y dulce protectora. Su bondad me la había transmitido una de mis hermanas carmelita. Bauticé mi ametralladora como *Pequeña Flor* y escribí su nombre sobre ella. A los pocos días una bala me rozó el labio sin hacerme ningún daño. Al día siguiente escapé a un nuevo proyectil y algunos me preguntaban qué significaba el nombre de *Pequeña flor* y les conté relatos de milagros. El 3 de julio de 1916 yo caminaba

⁴⁸ Ib. pp. 64-65.

⁴⁹ Ib. pp. 95-96.

⁵⁰ Ib. p. 97.

por las trincheras y una granada cayó, hizo explosión y me causó 14 heridas, de las que cinco eran mortales. Yo recé en ese momento y dije: *Hermana Teresa es el momento de demostrar que velas sobre mí*. Y durante muchos días esa fue mi oración. Llevado al hospital en ambulancia, me operaron. Mi estado era muy grave y, después de cuatro días, el médico me anunció que estaba fuera de peligro y me dijo claramente que mi caso había sido famoso. He reconocido la dulce mano de Teresita, cuando me dieron la cruz de guerra y la medalla militar. Pensé que esas medallas las merecía ella ⁵¹.

Otro soldado en una carta del 11 de noviembre de 1917 escribe: En el mes de junio de este año 1917 me encontraba en Vailly (Aisne). Soportábamos fuertes bombardeos. Entre el 9 y el 12 de junio una noche yo dormía en nuestro túnel de refugio y me desperté. Pensé en la hermana Teresa y al momento vi una claridad y a la pequeña hermana Teresa que sonreía y me miraba. ¡Qué aire de bondad tenía para mí! Al cabo de un instante, desapareció. Estoy seguro que se mostró a mí para gran malestar que tenía por la muerte de mi madre ⁵².

Ernesto Canu dice: La hermana Teresita me ha protegido de muchos peligros en la guerra. La última vez que la vi fue el 21 de octubre de 1918 en Vandy. Era mediodía. Nosotros estábamos en un refugio, cuando vino sobre nosotros un obús y mató a dos de nuestros camaradas que se encontraban a mis costados. Desperté de inmediato y, viendo a mis compañeros muertos, me vino una gran tristeza. Entonces, como siempre, me puse a rezar a la pequeña hermana y le pedí que tuviera piedad de mí, porque tenía miedo. Ella se me apareció como está en la imagen, pero sin decirme nada. Era como si me dijera: *No tengas miedo que yo estoy aquí* ⁵³.

El general Jean Joubert des Ouches, comandante de la legión, anota: Yo soy un viejo soldado con 37 años de servicio. He pasado por todos los grados y terminé como general de brigada después de pasar por Saint-Cyr. En 1914-1918 fui herido dos veces seriamente (Marne y Verdún). Después estuve en Marruecos, pero he conservado un recuerdo extraordinario de mi herida en Verdún. En 1914 en el hospital de Alençon conocí amigos de la familia Martín, la de la hermana Teresa. Ellos me hicieron leer la *Historia de un alma*. Tengo que decir que a los soldados de aquella época se les hablaba mucho de la hermana Teresa de Jesús.

El 25 de abril de 1915, a la salida de las trincheras para hacer un ataque, fuimos sorprendidos por un fuerte fuego de artillería alemana. Después de cinco

⁵¹ Ib. pp. 113-115.

⁵² Ib. p. 152.

⁵³ Ib. pp. 170-171.

minutos, habían muerto las tres cuartas partes de mis soldados. Yo continué el ataque con los restantes. Entonces, totalmente desesperado, tuve la inspiración de rezar a la hermana Teresa, pidiéndole ayuda. Al instante caí atravesado por dos balas. Una me atravesó de parte a parte. Yo permanecí inconsciente en medio de muertos y heridos. Por la noche dos camilleros me recogieron y me llevaron al refugio. Era, sin exageración, algo milagroso. Fui evacuado a la retaguardia y me curé después de muchos meses y regresé al frente de nuevo.

Hoy después de 63 años recuerdo muy bien aquel suceso y como en 1978 hay gente que no tiene fe, me pregunto si mi testimonio no podría ayudar a otros a dar gracias a Dios ⁵⁴.

Sor Celina, hermana de sor Teresita manifestó en el Proceso de canonización: *Escuché, el relato del soldado Roger Lefèvre, del 224 de infantería, de veintinueve años de edad. También él se vio favorecido, en el campo de batalla, con una aparición de la sierva de Dios, que le recogió cuando se hallaba bañado en sangre. “Desearía —dijo— que todos los que no creen tuvieran una aparición semejante: ¡esto cambia a los espíritus!”. Y como le preguntasen si era bella: “¡Oh, sí —replicó—, mucho más bella que en las estampas!”.*

Me vi también envuelta, aunque indirectamente, en otro favor recibido por un militar. Fue el 30 de septiembre de 1914, al principio de la guerra. Yo me había hecho la idea de que en ese día, aniversario de su muerte, la sierva de Dios obraría alguna señal para guiar a las tropas. A las siete de la tarde, subí al desván; me parecía que en aquel momento, que era la hora misma en que sor Teresa murió, iba a ver la prueba de que había sido escuchada. Causé lástima a nuestra Madre, la cual me dijo: “¡Pobrecita! ¿Cómo podéis esperar eso?”. Desde luego, no vi nada; pero no por eso disminuyó mi confianza. Y he aquí que en el mes de junio de 1915, ocho meses después de esta oración, recibimos incidentalmente del señor abate Charles, párroco de Bagnolet (Sena), la noticia de que uno de los soldados de su parroquia, Andrés Pelletier, del 43 de infantería colonial, había visto, precisamente el 30 de septiembre anterior y a las siete de la tarde, cuando se lanzaban al asalto de un bosque, a sor Teresa del Niño Jesús, invitándoles a avanzar. Aparentemente, este soldado fue el único que la vio; miró varias veces, creyendo ser juguete de una alucinación; pero era ella, el soldado la reconoció, y a su vista, se sintió lleno de confianza. La posición fue conquistada, en efecto, contra todas las previsiones, y el soldado, que andaba muy lejos de Dios, se convirtió ⁵⁵.

⁵⁴ Ib. pp. 201-202.

⁵⁵ Proceso Apostólico, p. 325.

Muchos milagros se cuentan realizados por su intercesión durante la primera guerra mundial. *Parece que sor Teresa tenía una predilección especial por los soldados, a quienes cuidaba con su protección. Unos afirman haberla visto en las trincheras, otros en el campo de batalla, y algunos fueron alentados por sus apariciones. Muchos escaparon de la muerte segura. Un sacerdote me ha contado hace algunas semanas que un ciclista del Estado Mayor (de Francia) vio caer a su costado a tres compañeros, acribillados por un obús. Su bicicleta quedó totalmente destrozada por ese mismo obús y él arrojado a diez metros de distancia, pero no le pasó nada. Su madre atribuyó esa protección a una reliquia de sor Teresa que él llevaba encima* ⁵⁶.

Del ejército nos han enviado como testimonio de reconocimiento 14 cruces de la Legión de honor y 33 cruces de guerra ⁵⁷.

En el Proceso Ordinario también dio testimonio de su conversión al catolicismo por intercesión de sor Teresa del Niño Jesús, el ministro de la Iglesia libre unida de Escocia, Alexander James Grant. Su conversión se produjo el 20 de abril de 1911 ⁵⁸. Y, como él, otros muchos deben su conversión, su vocación y su santificación a santa Teresa del Niño Jesús para gloria de Dios y de la Iglesia. Cientos de milagros y favores extraordinarios, realizados por su intercesión, están publicados en la revista *Lluvia de rosas*

MÍSTICA MARÍA LUISA ZANCAJO (1911-1954)

El año 1929 vino el doctor Amero a Madrid. Con su llegada se armó un gran revuelo acerca de las curaciones maravillosas que hacía, mi madre quería llevarme. Yo no confiaba ya en ningún médico, me disgustó mucho esta intención de mi madre. Llamé a mi único consuelo, a mi Jesús y Él tan bueno no se hizo esperar. Vino a mí y me dijo: “No temas, hija, tu doctora será santa Teresita. Ella será quien te cure”. Ese mismo día, a las siete de la tarde, se me apareció santa Teresita y me dijo: “Hermanita mía, vengo por orden de Jesús a curarte”. Me exhortó al amor de Jesús y desapareció. Esto ocurrió el 30 de abril de 1929. A partir de esta fecha, vino a visitarme todos los treinta de cada mes, por espacio de un año. Estas visitas eran cortitas. En ellas me enseñaba a amar a Jesús, que era mi más ardiente anhelo ⁵⁹.

BEATA EDUVIGES CARBONI

⁵⁶ Sor Teresa de san Agustín, Proceso Apostólico, pp. 344-345.

⁵⁷ María de la Trinidad, Proceso Apostólico, p. 495.

⁵⁸ Proceso Ordinario, pp. 536-540

⁵⁹ *Autobiografía*, Ed. Misionera de la Caridad y la Providencia, p. 30.

La beata Eduvigis Carboni escribió en su Diario: *Me parece haber visto, mientras oraba, una religiosa. Miré bien y conocí a santa Teresa del Niño Jesús. Toda sonriente me dijo: “Confía en Dios. Jesús me llevó a la perfección, porque me abandoné totalmente en sus divinas manos como una niña en brazos de su madre”. Después tomó pétalos de rosa y los esparció sobre mi cama y la de mi hermana* ⁶⁰

Y anota: *En una ocasión me quedé en éxtasis y me encontré en un lugar muy bello que no sé describir, con flores y plantas alrededor de bellos tronos... En cada trono estaba escrito el nombre de la virgen que lo ocupaba: una era santa Inés, otra santa Lucía, otra santa Teresa del Niño Jesús. Todas estaban en fila. ¡Qué bellas, parecían ángeles!... Jesús me dijo: “Hija mía, si sufres todas las penas con paciencia, uno de estos tronos será para ti”* ⁶¹.

BEATA ALEXANDRINA DA COSTA (1904-1955)

Refiere que vio dos veces a santa Teresita de Lisieux, a quien consideraba su hermana espiritual. Sucedió el día de la primera Pasión, el 3 de octubre de 1938. Dice: *La vi dos veces. La primera, a la puerta del Carmelo entre dos hermanas y, después, rodeada de rosas y envuelta en un manto celestial* ⁶².

Una vez, durante un éxtasis, se le apareció santa Teresita que le dijo: *Vengo a ser misionera y salvar almas contigo. Y dice Alexandrina: Cuando me hablaba se posó sobre mi cama una luz blanca, más blanca que la nieve y, en medio de la luz, un bello ramo de rosas de varios colores, colores bellísimos y, entre las rosas, una luz esplendorosa... Por la noche, vino mi Jesús y me dijo: “Hija mía, a semejanza de santa Teresita, que hace poco ha bajado del cielo para confortarte, pronto dejarás caer del cielo sobre la humanidad muchas gracias: un rocío de maná celeste”* ⁶³.

Un año después, en 1947, vino santa Teresita, vestida de luz con una diadema bellísima. Me abrazó y me besó mucho. Me dijo: *“Hermana mía, esposa de mi esposo e hija de mi Señor, ten valor. ¡Qué gran gloria te espera en el cielo! Vendré a tu encuentro en tu paso a la eternidad* ⁶⁴.

⁶⁰ Diario de enero de 1942, pp. 432-433.

⁶¹ Diario de agosto de 1941, p. 418.

⁶² Don Pasquale, *Cristo Gesù in Alexandrina*, Autobiografía, Alba, 1973, p. 71.

⁶³ Sentimientos da alma del 4 de octubre de 1946.

⁶⁴ Sentimientos da alma del 3 de octubre de 1947.

Y cinco años después, en 1952, vino de nuevo santa Teresita, y Alexandrina, abrazándola, le dice: *Teresita, Teresita, querida amiga, ruega por mí al Señor, ama por mí al Señor, ama por mí a la Santísima Trinidad, ama por mí a María... Ayúdame en mi Calvario... Gracias, mi querida Teresita, por la lluvia de rosas* ⁶⁵.

MARCEL VAN

Marcel Van fue redentorista, nacido en Vietnam, murió mártir el 10 de julio de 1959 en un campo de concentración comunista en su país. Tenía 31 años y está en camino de canonización.

Van intentaba vivir en una intimidad con Dios; él sentía un gran anhelo de llegar a la santidad. Pero la vida de los santos que había leído hasta ahora lo había desanimado. Jamás él, niño pobre y débil, podría practicar ayunos, mortificaciones físicas y otras penitencias ascéticas que se imponían los Padres del desierto y tantos otros grandes santos.

*En su angustia, Van recurrió a la Virgen como siempre y le rogaba que lo guiara para escoger un libro espiritual entre los que estaban puestos a su disposición. Extendió todos los libros sobre una mesa y luego cerró los ojos y escogió uno. ¡Fue “Historia de alma”! El libro de Santa Teresita del Niño Jesús fue su compañero y su amigo más querido. Lo leía y volvía a leerlo sin cesar. Encontraba todo en armonía perfecta con sus pensamientos y sentimientos. ¡“La Historia de un alma”, era la historia de su alma! A partir de ese día, tuvo por santa Teresita el cariño de un hermanito con su hermana mayor*⁶⁶.

Marcelo Van recibió de Dios la gracia de tener una comunicación sobrenatural por medio de locuciones interiores con santa Teresita, a quien consideró como una hermana espiritual. Él refiere en su Autobiografía:

Un día corrí al pie de la montaña con el alma rebotante de alegría. Saltaba de roca en roca, de césped en césped, gritando de alegría. Durante unos instantes, salté como un loco, o mejor dicho como una mariposa que el viento lleva de aquí para allá hasta las nubes, en una atmósfera ligera y límpida. Luego, sintiéndome agotado por el cansancio, dejé de brincar, pero sin perder un ápice de la intensidad de mi alegría. Jadeante, sin aliento, me senté sobre una roca, ambos brazos por atrás para dilatarme el pecho y respirar más cómodamente; las piernas estiradas, sin fuerza ya para moverse. A pesar de eso,

⁶⁵ Sentimientos da alma del 3 de octubre de 1952.

⁶⁶ Boucher Antonio, *Pequeña historia de Van*, Amis de Van Éditions, Versailles, 2019, p. 41.

de vez en cuando, hacía un esfuerzo con la garganta para cantar algo con todas mis fuerzas.

Habiendo descansado un poco, repasé en mi mente los gestos que acababa de hacer, y me sentía algo avergonzado preguntándome: “¿Habré perdido la cabeza? ¿Por qué estoy tan alegre?”. Y a partir de ese momento, me quedé sentado, contemplando en silencio el espectáculo de la naturaleza que se despertaba bajo los suaves rayos del sol naciente en el horizonte. Siempre volvía a mí la misma pregunta: “¿Por qué estoy tan alegre, como alguien que ha perdido la cabeza?”. De repente, me sobresalté; oí una voz que me llamaba por mi nombre: “¡Van, Van! ¡Mi querido hermanito!”. ¿Alguien me llama? Miré alrededor mío para ver si había realmente alguien que me llamaba. Recuerdo que la voz parecía venir de mi derecha. Intrigado, me reía interiormente, convencido de que había alguien. Yo me decía: “¡Qué raro! ¿Qué terciaria podría llamar a su hermanito de una manera tan íntima?” Porque oía claramente que era una voz de mujer.

Aún estupefacto, volví a oír la misma voz, suave como la brisa que pasa, y que me llamaba: “¡Van, mi querido hermanito!”. Estaba aturdido y casi turbado, pero seguí tranquilo, como de costumbre, y adiviné en seguida que esa voz que me llamaba era una voz sobrenatural. Entonces, di un grito de alegría: “Oh, es mi hermana santa Teresa!”. La respuesta no se hizo esperar:

- Sí, es tu hermana Teresa, que está aquí. Apenas había oído tu voz, comprendí a fondo tu corazón sencillo y puro. Vengo a responder a tus palabras que han resonado en mi corazón. ¡Hermanito! Desde ahora serás personalmente mi hermanito, del mismo modo que tú me has elegido personalmente para ser yo tu hermana mayor. A partir de este día, nuestras dos almas ya no estarán separadas por ningún obstáculo, como lo estaban antes; son ya una en el único Amor de Dios. Desde ahora te comunicaré todos mis hermosos pensamientos sobre el amor, todo lo que ocurrió en mi vida y me transformó en el Amor infinito de Dios. ¿Sabes por qué nos encontramos hoy? Es Dios mismo quien ha dispuesto este encuentro. Él quiere que las lecciones de Amor que me enseñó en lo secreto de mi alma, se perpetúen en este mundo; ésta es la razón por la que se ha dignado elegirte como su pequeño secretario para que ejecutes el trabajo que desea confiarte. Pero antes de esa elección, ha querido este encuentro para que conocieras por mí tu preciosa misión.

Dios me ha permitido conocerte desde hace mucho tiempo, antes incluso de que existieras. Tu vida apareció en la misteriosa mirada de la divinidad, y yo te vi en la luz que provenía de esa misteriosa mirada. Te vi, y Dios me confió la

tarea de cuidarte como el ángel custodio de tu vida. Estaba contigo, siguiéndote paso a paso, como una madre al lado de su hijo ⁶⁷.

DIOS ES PADRE

Santa Teresita le explicó: Dios es Padre y es Amor. Es de una belleza y de una bondad infinitas... No tengas jamás miedo de Dios. Él es el Padre lleno de Amor que únicamente sabe amar y que, a cambio, no desea otra cosa que ser amado. Tiene sed de nuestros pobres y pequeños corazones, salidos de sus manos creadoras y en los que ha depositado una chispa de amor procedente del fuego vivo de su Amor. Su único deseo es recoger estas chispas de amor y unirlos a su Amor infinito, a fin de que nuestro amor subsista para siempre en el suyo. Por último, es la fuerza de atracción del Amor que nos atraerá a la patria eterna del Amor. Ofrécele totalmente a Dios tu pequeño corazón. Sé sincero con Él en toda circunstancia y en todas tus actitudes. Cuando te encuentres alegre ofrécele esta alegría que dilata tu corazón, y así le comunicarás tu alegría. Actuar así con Dios es decirle un gracias que le agrada más que millares de cánticos conmovedores. Si por el contrario te encuentras invadido por la tristeza, dile sinceramente: “¡Oh Dios mío, estoy muy triste!”. Y pídele que te ayude a aceptar esta tristeza con paciencia. Estáte seguro de esto: “No hay nada que agrade más a Dios que ver sobre esta tierra un corazón que en cada momento y en cada sonrisa lo ama y es sincero con Él, tanto cuando derrama lágrimas, como cuando disfruta los pequeños placeres de cada instante.

Ahora, hermanito, tal vez haya algo que todavía temas; ten la paciencia de escucharme para ejercitarte, y así cogerás la costumbre. Cuando hablas con Dios, hazlo con toda sinceridad como si hablaras con los que te rodean. Puedes contarle todo lo que quieras; hablarle del juego de canicas, de la ascensión a una montaña, de las bromas de tus compañeros; y si te enfadas con alguien, díselo también a Dios con toda sinceridad. A Dios le encanta escuchar, más aún, tiene sed de oír esas pequeñas historias de la gente, que es demasiado avara para compartirlas con Él. Pueden sacrificar horas contando historias graciosas a sus amigos. En cuanto a Dios, que tiene sed de escuchar semejantes historias hasta el punto incluso de llorar, no encuentra a nadie que se las quiera contar. En adelante, hermanito, no seas avaro de las cosas que te pasan con el buen Dios. ¿Has entendido? Teresita se reía.

- Pero, santa hermanita, Dios ya sabe todas esas cosas; ¿qué necesidad tiene de que se las contemos?

⁶⁷ *Autobiografía*, Amis de Van Éditions, 2019, pp. 294-295.

- *Es cierto, hermanito, que Dios conoce todo perfectamente. Desde toda la eternidad todo está presente ante sus ojos. Desde toda la eternidad Dios también conoce todo eso, sin que nadie tenga necesidad de contárselo. Sin embargo, para “dar” y “recibir” amor, necesita abajarse al nivel de un hombre como tú; y lo hace como si se olvidara totalmente que es Dios y que sabe todas las cosas, con la esperanza de oír una palabra íntima que brote de tu corazón. Dios actúa así porque te ama; con eso quiere colmarte de gracias preciosas, comunicarte los buenos deseos y todas las delicias que se disfrutaban en su Amor.*

Aquí, voy a utilizar un ejemplo. Cuando un papá quiere darle un beso a su hijito se puede quedar ahí plantado, de pie, erguido, y exigir perezosamente que el pequeño se alce hasta sus labios para recibir ese beso en su mejilla. ¿Podríamos decir que ese beso es un beso afectuoso? ¡Claro que no! Para darle un beso a su pequeño, el papá tiene que inclinarse profundamente y ponerse a la altura de su rostro, o bien tomarlo en sus brazos; en los dos casos, tiene que abajarse.

¿Has comprendido, hermanito? Dios es nuestro Padre lleno de amor ⁶⁸.

Él anota: Estas lecciones sobre el Amor me absorbían de tal modo que olvidaba todas las cosas; y cada vez que me hablaba, si mi santa hermana no me hubiera recordado la hora, no habría sabido si era de día o de noche. Ciertos días me encontraba tan absorto en sus palabras que me hubiera gustado dejar incluso el estudio, las comidas y la siesta, para escuchar en silencio, en la capilla o debajo de un árbol, las explicaciones que ella me daba sobre el Amor. Pero Teresita nunca consintió en concederme eso. Quería que yo siguiera el programa como todos los demás. Además, me dijo esto:

- En adelante, allí donde estés, estaré también yo, y podremos hablar en cualquier lugar.

- Pero, hermana mía, si por descuido alguien nos oye hablar, ¿qué sucederá?, ¿se burlarán de mí?

- ¿Cómo podrían oírme? Oír mi voz es un privilegio reservado solo para ti.

Y yo decía: Dios mío, me entrego totalmente a tu Amor. Creo que me amas y que buscas mi felicidad. Te amo con todo mi corazón.

⁶⁸ Autobiografía, pp. 298-300.

Cada vez que yo repetía estas palabras, Teresita me daba un beso verdaderamente cariñoso. En muchos otros momentos, me enseñó la manera de conversar sencillamente con Dios, como lo hacen dos amigos ⁶⁹.

TESTIMONIO DE GEREON GOLDMANN

Nació en 1916 en un pueblecito de Alemania. Desde los ocho años estuvo yendo casi todos los días durante 6 años a la capilla de unas religiosas a ayudar a misa como acólito. Cuando tenía nueve años llegó un misionero franciscano del Japón y él se entusiasmó con todo lo que contaba. Le pidió que lo llevara con él. Y el misionero le respondió: *Si realmente quieres ir al Japón, conozco un método seguro. Reza diariamente un avemaría por esa intención. Se lo prometí y empecé a rezar un avemaría todas las noches* ⁷⁰.

Y anota: Al poco tiempo murió mi madre y la hermana sacristana, la hermana Solana May, me dijo: *Yo ocuparé el lugar de tu madre*. Le pidió permiso a la Superiora para orar por mí como su hijo espiritual y comprometió a las 280 hermanas de la comunidad para que le ayudaran con sus oraciones. Me prometió rezar por mí hasta que nuestro Señor hiciera de mí un sacerdote franciscano ⁷¹. En 1936, con 20 años entré en el noviciado franciscano y en 1939 terminé mis estudios de filosofía ⁷².

Durante su estancia en el Seminario se afianzó en él mucho la devoción a santa Teresita del Niño Jesús, que fue durante toda su vida uno de sus santos predilectos. Cuando comenzó la guerra, fue llamado a filas con otros 200 seminaristas. Era el último día de agosto de 1939 y él tenía 22 años. Los entrenaron a todos los seminaristas para ser oficiales de radio de las SS. dice: *A nuestro grupo nos enviaron a Francia para atender la línea de comunicaciones del batallón*.

Cuando podía encontrar un sacerdote, iba a misa y comulgaba ⁷³. Estando en París, me trasladaron a otro equipo de comunicaciones y me ascendieron dentro de las SS., pero para hacer efectivo el ascenso debía firmar unos formularios que decían: *“Por el presente documento declaro que abandono la Iglesia católica y hago firme propósito de no ingresar jamás en la Orden franciscana”*. No lo quisimos firmar.

⁶⁹ Autobiografía, pp. 304-305.

⁷⁰ Gereon Goldmann, *Un seminarista en las SS.*, Ed. Palabra, Madrid, 2021, p. 14.

⁷¹ Ib. p. 15.

⁷² Ib. p. 20.

⁷³ Ib. p. 45.

Me enviaron a Holanda. A mi división la enviaron a Rusia donde murieron casi todos los de la división. Para mí fue providencia de Dios que me enviaran a Roermond (Holanda) y allí fui expulsado de las SS. Me trasladaron a Erfurt, entonces en Rusia. Durante mi viaje a través de Polonia me enteré de las cosas horribles que los alemanes y las tropas de las SS habían hecho a los judíos y a muchos sacerdotes y a mucha gente corriente. Me dieron cien hombres para conducirlos al frente de Rusia, pero en el primer invierno se produjeron unas pérdidas de las que el ejército alemán no pudo recuperarse.

En enero de 1941 recibí orden de seguir un curso de enfermería que había solicitado. Desde ese momento su trabajo en el ejército fue el de atender y curar a los heridos. Eso le dio la ventaja de que nunca tuvo que arrepentirse de haber herido ni matado a alguien en el campo de batalla. Primero, como oficial de comunicaciones y después como enfermero. Dios seguía velando por él y él seguía orando en su tiempo libre y leía la Biblia y pedía ayuda en los momentos difíciles, sin olvidarse de la ayuda e intercesión de su querida Teresita del Niño Jesús. Ciertamente necesitó mucha ayuda para librarse de la Gestapo, que lo tenía en observación y se enteró que lo iban a someter a juicio por sus ideas antinazis. El juez me manifestó que había sido estrechamente vigilado desde mi época de SS y muchos cientos de personas habían hablado contra mí. Por fin, en el juicio unos buenos jueces me liberaron y me concedieron cinco meses de permiso para seguir mis estudios, mientras mis camaradas vertían su sangre en Stalingrado, donde yo tendría que haber estado si el juicio no me hubiera obligado a quedarme en Alemania ⁷⁴. Aquí se ve de nuevo la mano de Dios para librarlo de la guerra de Rusia y del odio de los nazis, que lo seguían de cerca.

Después de terminar mis cinco meses de permiso y antes de ir a Rusia, fui a visitar el convento de la hermana Solana May, mi pequeña madre adoptiva (una verdadera santa). Me preguntó: *¿Rezas para ser ordenado sacerdote el año próximo?* Respondí: *¿El año que viene? es imposible, no he terminado mis estudios de teología.* Ella me respondió: *No te preocupes, el año que viene serás ordenado sacerdote. Tú eres un caso excepcional.* Y sacó de un cajón un escrito con la fecha de la muerte de mi madre, en que había empezado a rezar por mí para que fuera sacerdote después de 19 años. Insistí: *Existe una ley en la Iglesia que nadie puede ser ordenado sacerdote, si no ha estudiado teología.*

Me contestó: *La cosa es muy sencilla. El Papa que ha hecho las leyes puede dispensar de ellas*

- Pero yo no estoy en Roma.

⁷⁴ Ib. pp. 62-64.

- Hoy empezaré a rezar para que veas al Papa en Roma y le podrás pedir resueltamente tu ordenación.

- Mañana debo ponerme en camino hacia Rusia. El Papa no vive allí.

- Ya verás, no tendrás que ir a Rusia. Verás al Papa. Pero lo primero que debes hacer es una peregrinación a Lourdes para pedirle ayuda a la madre de Dios.

- Le mostré mi papel y le contesté: Aquí dice Rusia, nada de peregrinaciones o sobre Roma o sobre el Papa.

- A la mañana siguiente, estaban preparados los 200 soldados que yo iba a conducir a Rusia. Llegó el tren y cinco minutos antes de partir llegó un automóvil con un oficial, un sargento y un soldado. El oficial se acercó y me dijo: *Está usted arrestado*. Me llevaron al cuartel. A los tres días de arresto vino una orden de ir a Pau (cerca de Lourdes). Acudí a la gruta de Lourdes varias veces. Ya se habían cumplido dos de las profecías de la hermana.

- Me enviaron a Italia. Estando en Patti me di cuenta como enfermero de que muchos católicos alemanes morían sin auxilio de los sacramentos y decidí conseguir hostias consagradas para entregárselas antes de morir. Los sacerdotes no querían dármelas. Tuve que ir a ver al obispo y le dije: *Soy un seminarista que sirve en el cuerpo médico. Ahí están muriendo muchos soldados católicos, que hace meses no ven un sacerdote ni se confiesan. Los heridos agonizan y sus almas están en un peligro mortal. Los moribundos no tienen sacramentos*. El obispo no cedía y tuve que amenazarlo con una pistola. Entonces me dio las hostias e incluso un permiso escrito para poder distribuir las. Con ese papel, en muchos otros lugares pude conseguir que otros sacerdotes me dieran así hostias consagradas para los moribundos católicos.

- Otro día, a las dos de la mañana, oyó una voz: *Levántate y trabaja, rápido No hay tiempo que perder*. Nadie había oído nada. Estaba desconcertado e hice algo que no había hecho durante meses. Tomé pico y pala y empecé a cavar una trinchera. Le dije a mi ayudante que hiciera lo mismo, mientras los demás soldados se reían. De pronto, aparecieron 10 bombarderos y dejaron caer unas 20 bombas. Yo y mi ayudante saltamos a nuestros agujeros recién cavados. Fuimos los únicos sobrevivientes. Dios seguía salvándome de la muerte una vez más.

- El 12 de noviembre de 1943 obtuve un permiso para visitar a la familia y aproveché el momento con el permiso de mis Superiores para hacer mis votos perpetuos el 7 de diciembre. En el primer banco estaba la hermana Solana de May. Al día siguiente, el obispo Fischer, de acuerdo con mi Superior, me confirió el subdiaconado. Se consiguió el permiso del obispo del ejército y pude recibir también el diaconado el 12 de diciembre.

- Había pedido permiso para alargar mi estancia, pero expiraba el 23 de diciembre y el 22 estaba dispuesto a tomar el tren a Múnich y viajar a Italia, pero

el jefe de estación me comunicó que se me había concedido una ampliación del permiso ⁷⁵.

- El 1 de enero de 1944 estaba ya en Roma y deseé hablar con el Papa, pero parecía imposible, pues las tropas alemanas habían rodeado el Vaticano. Tuve que ir a hablar con Herr von Kessel de la embajada alemana y la audiencia se consiguió.

Me recibió en el Vaticano un Prelado que al decirle que quería pedir al Papa el sacerdocio, me respondió que era completamente imposible y me dijo: *Ha pasado la hora de la audiencia. Vuelva usted mañana*. Le respondí de malos modos: *Yo soy un soldado y mañana debo reunirme con mis tropas, he de ver al Papa hoy. Se me ha prometido y tengo derecho*. El Prelado permanecía impasible hasta que metí la mano al bolsillo, como si tuviera una pistola, que no tenía, y el Prelado quedó más suave, permitiéndome entrar a una sala, donde esperaban otras persona. Recé a santa Teresa de Lisieux, recordando su experiencia con León XIII. Ella era mi consuelo en aquellos momentos y le pedí ayuda. Entró el Papa y cuando me tocó el turno, empecé a hablarle en alemán como un torrente: *Soy soldado sanitario. No mato, sino que trato de salvar cuerpos y almas. Los soldados mueren a miles sin sacerdote que los oiga en confesión. Nueve divisiones alemanas nuevas carecen de sacerdote. Le suplico humildemente que me admita al sacerdocio para que esos soldados moribundos se puedan confesar. Los estudios de teología los haré después de la guerra. Le mostré la carta del obispo de Patty con el permiso para dar la comunión. Le hablé de la hermana Solana que llevaba 20 años rezando por mí y me había insistido en esta audiencia*. El Papa me dio la bendición y me dio una nota para mi ordenación sacerdotal.

Su ordenación estaba prevista para el 30 de enero de 1944 en las catacumbas de San Calixto en Roma, pero el 24 de enero le ordenaron con urgencia ir a Monte Cassino, donde los ingleses y americanos habían iniciado una ofensiva. Llegó hasta sus compañeros, curando a los numerosos heridos, enarbolando una bandera de la Cruz Roja, pero con otros compañeros fue hecho prisionero. A los prisioneros los llevaron a África del Norte. Dice: *Estuve 3 meses en un lugar donde había muchos seminaristas de diferentes Órdenes prisioneros, todos alemanes. El abad Raphael Waizer presentó mis papeles al arzobispo de Argel, un francés, quien determinó ordenarme sacerdote el 24 de junio* ⁷⁶.

En una de las prisiones había un grupo de nazis radicales que lo veían con odio por ser religioso. Planearon matarlo, como si fuera un accidente. El general

⁷⁵ Ib. pp. 118-120.

⁷⁶ Ib. pp. 149-156.

francés responsable del campo tuvo que cuidarlo. Gracias a Dios que en sus idas y venidas por diferentes prisiones del Norte de África, las religiosas franciscanas misioneras de María se preocuparon de ayudarlo con alimentos o con otras cosas útiles. Además ellas, todas francesas, rezaban por la conversión de los prisioneros, especialmente por los nazis. La hermana Jeanne, con un permiso especial del Papa, había conseguido residir en un lugar solitario. Nos dice: *Los tres días que estuve con ella padecí hambre. Ella cuidaba a los nativos enfermos y todas las noches se arrodillaba durante tres horas tan inmóvil como una estatua de piedra ante el Santísimo Sacramento. Con permiso, podía guardar el Santísimo en su reducida capilla. Su cama era una tabla, su comida, una sopa aguada, pero era feliz como un niño y estaba mucho más fuerte y recta que yo. Cuando le dije que pensaba pedir ir a otro campo, me dijo: Padre, en nombre de Dios, vuelva a ese campo inmediatamente. Y me hizo escribir en un papel el nombre del peor enemigo de la Iglesia en ese campo. Y añadió: Deje el resto en mis manos.*

Le di el nombre de Kroch; un fanático nazi, y regresé al campo. A los tres meses Kroch vino a hablar conmigo y me preguntó si podía confesarle. Dijo: *Yo era católico, incluso monaguillo. Mi madre era una mujer piadosa que se sentiría feliz si supiera que he vuelto a la Iglesia. Apenas podía creer a mis oídos, pero él antes de la guerra había sido un líder de la juventud contra Dios y desempeñó un papel de dirigente en la Alemania nazi.*

Pidió perdón a los que lo conocían en el campo y muchos que rodeaban el altar, lloraban. Después fueron muchos los que esperaron su turno para confesarse, para terminar con sus vidas de pecado. En su soledad, la buena hermana Jeanne había colocado junto al sagrario un papel con el nombre de Kroch y noche tras noche había pasado seis horas rezando por su conversión ⁷⁷.

CONDENADO A MUERTE

El día 17 de enero de 1945 estaba celebrando misa en el campo cuando entraron unos soldados franceses y, antes de que me arrancaran del altar y me maniataran, tuve tiempo de administrar la comunión y de guardarme en el bolsillo las hostias restantes. Me examinaron, me interrogaron. Le entregué la cajita con las hostias a un guardián francés, que era católico y que más tarde me la devolvió. Me encerraron desnudo en una celda helada sobre un suelo de cemento sucio y mugriento y sin comida. A la mañana siguiente, en un coche vigilado, me llevaron hacia el norte. Me tenían tendido en el suelo boca abajo, vigilado por un guardia armado. Yo estaba muerto de hambre. Era un manojo de

⁷⁷ Ib. pp. 198-200.

piel y huesos En otoño había tenido una infección pulmonar. El estar en la celda helada sobre el cemento frío me hizo empezar a toser y a tener fiebre alta durante varios días. Un vigilante se asomaba continuamente a la puerta por si tramaba algún perverso proyecto. Pude escuchar las cosas más increíbles que se decían de mí: que yo era un enemigo de Francia, un nazi de los peores, responsable de la muerte de muchos extranjeros, sobre todo franceses. Era un criminal, ya que había engañado al Papa, recibiendo una ordenación inválida. Lo más increíble era que me acusaban de haber sido el primer comandante del campo de concentración de Dachau.

Los jueces me mostraron 27 firmas de compañeros de prisión que juraban que yo era un odiado nazi. Entre ellos figuraban algunos que habían venido diariamente a recibir comida de la que enviaban las hermanas. En sus juramentos escribían los nombres y fechas y las circunstancias en las que me habían visto cometer crímenes. Estaba muy enfermo y el médico que me visitó, avisó al padre Buenaventura (capellán francés franciscano) que con sus aterradoras palabrotas, vino a visitarme. Me cogió y me cargó sobre sus poderosas espaldas. Me introdujo en su coche y pronto estaba cómodamente acostado en su propia cama. Regresó con un gran cerdo. Permanecí des semanas en su cama. Por la mañana me traía la comunión y tres veces al día me servía una chuleta de cerdo con la orden de que me la comiera toda. En dos semanas estaba bastante restablecido y me devolvió a la prisión. Pero las cosas seguían su curso y el 27 de febrero de 1946 a las 5 p.m. vino un oficial francés para decirme que en la noche siguiente sería fusilado. Yo le dije que iba a llegar al cielo rápidamente.

SALVADO DE LA MUERTE

Aquella noche me dieron buena comida y a las 2.30 a.m. entraron diez soldados y se llevaron a algunos prisioneros para aplicarles la pena de muerte. A eso de las tres se abrió la puerta de mi celda y entraron cuatro hombres: el oficial de la tarde anterior y tres soldados. Me anunció: *Levántate, la compañía espera en el patio*. Le dije: *Tendrán que llevarme, porque no puedo andar* (me sentía muy débil). El oficial mandó salir a los tres soldados. Sacó su espada y puso la punta sobre mi pecho y me preguntó: *¿De verdad vas a ir al cielo?* Respondí: *Así lo espero*.

De repente apartó la espada, se sacó el cinto, dejó en el suelo su casco de acero y, tomando mis manos, explotó: *Padre, quiero confesarme*. Yo me quedé sin habla... Lo confesé. Lloraba mientras lo hacía por primera vez en largos años, luego me besó las manos. Se sentía feliz como nunca en mucho tiempo. Estaba convencido de mi inocencia, pero no podía hacer nada. Le di de comulgar y seguía llorando. De pronto, oímos un gran estrépito en el exterior. El oficial se

puso de pie y tomó su arma. Entonces entró en la celda otro oficial. Llevaba en la mano un papel. Hablaron excitadamente. Salieron y cerraron la puerta. Oí varios disparos en el patio. Oí marchar a algunos soldados y después el silencio... Caí dormido, muerto de cansancio. Días después supe que había llegado de París la orden de reabrir mi caso y, como se descubrió después, la Santa Sede había intervenido tomando cartas en el asunto. Yo estaba salvado y aquella confesión extraordinaria, que retrasó la ejecución, conspiró con la oportuna llegada de la orden de París, que una vez más me arrancó de las fauces de la muerte ⁷⁸. Me enviaron a una gran prisión, donde celebré la Pascua con unos hombres enfermos del alma y del cuerpo.

Después, me llevaron al campo de Uarzazate, que era un gran campo para oficiales y no había capellán. Al llegar, me llevaron a una habitación llena de oficiales. El general me llamó y me estrechó la mano. Al quedarnos solos me pidió la bendición. Era un católico de cuerpo y alma y me prometió ayuda, pero poco podía hacer, porque iban a estudiar de nuevo mi caso. Le pedí que me trajera mi maletín con las cosas para la misa y el equipaje. Pude celebrar la misa. Comprendimos que necesitábamos una capilla y a las tres semanas, ya recuperado, empezamos a edificarla con gran entusiasmo y con la ayuda del general. Acabamos pronto y resultó muy hermosa. Los oficiales trabajaron duramente.

Caí gravemente enfermo de pleuresía por tercera vez en medio año. Todavía no estaba recuperado y cuatro guardias me llevaron escoltado a Casablanca. En la estación encontré tres franciscanas que me esperaban.

Al preguntarles a las religiosas cómo sabían mi llegada, la Madre Monique me dijo: *Realmente es muy sencillo, Padre Goldmann. Usted ha hablado con frecuencia del poder de la oración de las hermanas y de su propia confianza en la intercesión de santa Teresita del Niño Jesús. Hace tres semanas, dio la casualidad de que una de nuestras Hermanas estaba en París, trabajando en la Oficina Central para los prisioneros. Intentaba contratar trabajadores para el convento. Le hicieron esperar mucho tiempo en el despacho privado del comandante y, mientras esperaba, aquí se echó a reír, su mirada cayó, de modo totalmente accidental, desde luego, sobre un papel que estaba encima de la mesa. Llevaba el sello de "Estrictamente secreto" en la parte superior y, de nuevo accidentalmente, tuvo ocasión de ver el nombre de Goldmann en él. Leyó horrorizada que el Padre Goldmann, de quien tanto había oído hablar, iba a ser trasladado desde Uarzazate a un horrible campo de castigo en Algiers. Bajo las palabras "Estrictamente secreto" estaba escrito: "Sacerdote nazi".*

⁷⁸ Ib. pp. 204-212.

“Nos escribió inmediatamente dándonos tan dolorosas noticias. La carta llegó hace nueve días y causó una gran consternación entre las hermanas. Una de ellas pensó que usted pasaría por Casablanca camino de Algiers y que quizá podríamos ayudarle en la estación”.

*“¿Y usted iba a la estación diariamente para encontrarse conmigo?”.
“No, no, fue mucho más sencillo que eso. La hermana sacristana propuso hacer una novena a santa Teresita para que usted llegara aquí a los nueve días, y considerando que hoy es el noveno día y que solamente llega un tren del sur, usted tenía que venir en él. Así que nos fuimos a la estación y allí estaba usted!”.*

A última hora de la tarde, los guardias franceses y yo llegamos a la estación. Viajamos en primera clase y, a eso de las nueve de la noche, llegamos a Rabat donde, avisadas por la Madre Monique, nos esperaban algunas hermanas. Nos acompañaron en coche hasta el monasterio franciscano, donde todos disfrutamos de una cómoda habitación. Mis guardianes no habían imaginado semejante viaje y no mostraban prisa alguna, así que nos quedamos varios días en Rabat.

Lo llevaron a un campo de prisioneros al sur de Argelia. Y él seguía rezando al Señor y a la Virgen y a su especial protectora santa Teresita.

Refiere: Yo fui recibido cortésmente a la entrada del campo. El intérprete y otros franceses fueron muy amables al ver entrar a un prisionero alemán con la cruz de capellán y la bandera de la Cruz Roja bajo el brazo. Se quedaron asombrados cuando vieron que me acompañaban cuatro guardias, pero su actitud cambió radicalmente en cuanto leyeron el informe. El intérprete me increpó: “¡Nazi, cerdo, asesino embustero!”.

Me rodeaban, mirándome como si fuera el demonio en persona. Después, por supuesto, me examinaron desnudo y, para general decepción, no encontraron la maldita marca de las SS en mi brazo izquierdo. Entre los que me insultaban y golpeaban había un joven cabo que se me acercó exageradamente profiriendo palabras injuriosas. Entre gritos, le oí decir en voz baja una palabra que me sonó como «seminarista». Pensé que se estaba burlando de mí y, como no le di respuesta, se puso aún más furioso. Finalmente, me condujeron a los barracones de las SS a través del campo custodiado por ametralladoras.

Entre los hombres que ya estaban allí, reinaron el asombro y la sospecha. ¿Cómo podía ser capellán y al mismo tiempo un hombre de las SS? Había algo raro; los hombres se mostraban reservados; no confiaban en nadie.

LIBERACIÓN

Por fin reconocieron su inocencia y lo enviaron en barco a Francia, internándolo en un campo de prisioneros alemanes cerca de Chartres, pero donde había muchos seminaristas, que podían estudiar con sus respectivos profesores.

Naturalmente, deseaba visitar Lisieux para dar gracias a Santa Teresita como lo había prometido, pero mi permiso de viaje no se extendía hasta allí. Lo único que podía hacer era conseguir ropa civil de mis amigos e intentar viajar en secreto, aunque eso significaba, quizá, salir de la lista de hombres libres. Mi francés era lo bastante bueno como para que me tomaran por un alsaciano. Puse mis ornamentos en la maleta para poder decir misa en Lisieux.

Llegué felizmente, y encontré las cosas mejor de lo que esperaba. Me alojé en el seminario de la Misión de Francia y pasé varios días maravillosos con mis compañeros seminaristas. Me impresionó profundamente el ambiente de amor y alegría que reinaban allí.

Me permitieron decir misa en la iglesia de la tumba de la santa y, cuando relaté la extraña historia de mi ordenación y el papel que en ella había desempeñado Santa Teresita, me regalaron una pequeña reliquia suya. Fue una auténtica peregrinación, en la que sentí profundamente el espíritu de la santa. Recé en su tumba; luego volví tranquilamente a París y a Chartres y llegué al mismo tiempo que la noticia de mi inminente y directo regreso a casa.

Extraño sentimiento el de viajar como un hombre libre de nuevo, sin un soldado a mi espalda y sin la sensación de inseguridad que atormenta al prisionero.

Después de una breve parada en el convento de la montaña cerca de Gegenbach para agradecer a las hermanas sus fieles y perseverantes oraciones de tantos años, llegué a Fulda, a la Casa Madre de la provincia, sembrando el asombro y la alegría con mi visita.

Al ser libre estuve un año en Fulda como coadjutor de un anciano párroco. Después trabajé con seminaristas en Holanda y Alemania. En 1951 me invitaron a visitar un convento de religiosas de Saulgau (Alemania).

EL PODER DE LA ORACIÓN

Llamé al timbre y di mi nombre a la hermana Portera. Gritó de alegría, me dejó con la boca abierta delante de la puerta, y fue en busca de la Superiora.

Volvió con rostro radiante y faldas flotantes y me dijo que las hermanas esperaban mi visita desde hacía mucho tiempo.

“Hermana, debe haber un error... Esta es mi primera visita a esta zona y yo no tengo contacto alguno con esta casa”.

Sonrió. “Venga, muy pronto verá que está equivocado”. Me condujo al edificio donde se alojaban las hermanas enfermas, a una habitación que tenía el nombre de “Hermana Verónica” en la puerta. Me hizo pasar, y vi a una anciana Hermana tendida en el lecho, con las profundas arrugas del sufrimiento marcadas en el rostro, que, sin embargo, reflejaba su paz, su serenidad y su alegría interior.

Le dije que me habían pedido que me detuviera allí, pero que ignoraba la razón. “Si se sienta, la oír”, respondió. Parece que, hacía muchos años, el Padre Bernardine, al que había conocido cuando era un muchacho, se había interesado por un joven que, habiendo salido de Fulda con su familia, se vio obligado a enfrentarse con las tentaciones de la ciudad y a superarlas a lo largo de su camino hacia el sacerdocio. Allí, en la capilla, el Padre describió a las Hermanas algunas de las pruebas que esperaban a un joven que luchaba por su vocación, unas pruebas tan severas, que podría perderse aquella gracia, que parecía tan poderosa en el muchacho. Pidió que alguna Hermana se encargara de rezar y sacrificarse de un modo especial por aquel joven, para que la Iglesia fuera bendecida con un nuevo sacerdote.

La hermana Verónica obtuvo permiso de la Superiora, y preguntó al Padre Bernardine lo que había que hacer. Él la llevó a la capilla y, delante del Santísimo Sacramento, ella se consagró al Corazón sacerdotal de Jesús, y prometió ofrecer sus oraciones y sacrificios diarios por aquel muchacho. Así inició una plegaria ininterrumpida.

Poco después cayó gravemente enferma; durante veinte años tuvo que guardar cama y sufrir numerosas operaciones. Fue toda una vida de padecimiento y dolor. “Nunca se quejaba”, comentó la Superiora posteriormente, “incluso cuando la hermana enfermera se mostraba desabrida. Si tratábamos de consolarla, sonreía y decía: “Sé por quién estoy sufriendo; he de proteger la vocación de un muchacho que desea ser sacerdote”.

Ahora, sentada en la cama y con una gran alegría reflejada en su ajado rostro, decía: “Ahora veo de nuevo lo bueno que es Dios; he rezado y padecido durante veinte años, y Él me ha premiado generosamente”.

¡No pude pronunciar palabra! Ahora comprendía la otra razón por la que me había convertido en sacerdote de un modo tan especial... Dios había aceptado las oraciones y los sufrimientos de aquella alma santa, como había también aceptado las oraciones y súplicas de la hermana Solana May.

Por fin pudo cumplir su deseo de ser misionero en Japón, después de haber pedido permiso de entrada hacía varios años.

MISIONERO EN JAPÓN

Llegó a Tokio el 25 de enero de 1954 y convirtió a muchos japoneses a la fe católica. En 1965 fue condecorado por el Estado japonés por sus obras sociales y le dieron la medalla Orden de las Buenas Obras. El consulado alemán lo condecoró con la Cruz al Mérito de primera clase de Alemania occidental. En 1968 cayó gravemente enfermo y fue operado en Alemania. La línea aérea Lufhansa le regaló el billete de ida y vuelta en primera clase.

En 1994 estaba delicado de salud y se retiró a Alemania, pero allí seguía orando cinco o seis horas diarias sin olvidar nunca que había sido Dios y no él quien había realizado tantas cosas a lo largo de su vida con la ayuda de la oración de muchas hermanas y la intercesión de santa Teresita del Niño Jesús, su especial protectora.

Ayudó edificando escuelas, instalando luz eléctrica y algunos talleres y escuelas técnicas. También un hospital moderno con cien camas disponibles. Construyó un Seminario para teólogos y otro para filósofos, un gran orfanato, ocho iglesias y muchas viviendas familiares. En la India fundó dos conventos de carmelitas descalzas y en Japón la Academia de música sacra. Todo lo que hizo en la India y Japón fue debido a la ayuda de bienhechores y gracias al poder de la oración. Decía: *Las bendiciones de nuestro trabajo se basan en la oración. La oración es mucho más importante que el dinero.*

Murió el año 2003 con el corazón lleno de amor y de paz ¡Gloria a Dios y a santa Teresita!

MILAGROS PARA LA BEATIFICACIÓN DE SOR TERESA

En 1906 sucede la curación de Carlos Anne, seminarista de la diócesis de Bayeux, oriundo de Lisieux. Tenía 23 años y estaba atacado de tuberculosis

pulmonar. Después de una novena a la Virgen de Lourdes por la intercesión de sor Teresa del Niño Jesús, comenzó la segunda novena que esta vez dirigió únicamente a la santa carmelita, a fin de que pareciese más evidente su intervención. Apoyábase su esperanza en una confianza inquebrantable en la consoladora promesa de su celestial intercesora: *Quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra.*

La intercesora atendió aquella ardiente súplica, y el doctor que entrevistara el próximo fin del enfermo, hubo de comprobar, con indecible sorpresa, el restablecimiento completo de éste. Quince años después, una radiografía permitió establecer la estabilidad de aquella curación, enteramente comprobada por la ciencia médica.

El segundo milagro se obtuvo en favor de una religiosa de las hijas de la Cruz, en Ustarritz (Bajos Pirineos). Sor Luisa de St. Germain, durante sus años de noviciado (1911- 1912), padeció de una seria afección en el estómago, que degeneró francamente en úlcera desde principios de 1913. Perdidas las esperanzas de curación y habiendo tomado los últimos sacramentos, la enferma comenzó una novena a Sor Teresa del Niño Jesús, en el año 1915; pero sólo obtuvo entonces fuerza y valor para la prueba, con celestiales perfumes que revelaban la misteriosa presencia de aquella a quien invocaba.

En septiembre de 1916, sor Luisa de St. Germain se decidió a renovar sus instancias, y en la noche del 10 se le apareció sor Teresa y le dijo: *Sé generosa, pronto curarás, te lo prometo.* Ahora bien, al día siguiente por la mañana, varias religiosas quedaron sorprendidas al encontrar una gran cantidad de pétalos de rosas de todos los colores esparcidos en torno al lecho de la enferma. ¿Quién había aportado aquellas rosas? Nadie pudo explicarlo, pero el día 22 de septiembre siguiente, la religiosa se despertó perfectamente curada.

En apoyo del certificado del médico de cabecera, figuran una radiografía concluyente y un informe del doctor Le Bec, cirujano del hospital de San José de París, una de las eminencias médicas de mayor renombre, confirmando el carácter sobrenatural de aquella súbita y duradera transformación.

Estos dos milagros fueron aprobados por el Papa Pío XI, que era muy devoto de la sierva de Dios. Tenía su retrato y algunas reliquias en su despacho. El Papa Pío X la consideró la santa más grande de los tiempos modernos. El Papa Pío XI la llamó la estrella de mi pontificado. Presidió su beatificación en la basílica vaticana el 29 de abril de 1923.

MILAGROS PARA SU CANONIZACIÓN

Gabriela Trimusi era una joven italiana de 23 años de la Congregación de las Hijas pobres de los Sagrados Corazones. Sufría de artrosis a la rodilla y lesiones tuberculosas en las vértebras. Por sus dolencias perdió el apetito y, después de tres años de dolores y de tomar muchas medicinas, no se curaba. Ella acudió a santa Teresita en demanda de ayuda. Hace una novena y el última día de la novena se da cuenta de que puede arrodillarse sin tener dolores. Los dolores dorsales igualmente se le habían quitado. Estaba curada. La segunda curación fue la de María Pellemans. Fue curada de tuberculosis pulmonar e intestinal

El doctor Vandensteene testificó: *He encontrado a la señorita Pellemans literalmente transformada. Esta joven, sin aliento por el menor movimiento, se mueve sin fatiga. Ella come todo lo que se le ofrece, con un muy buen apetito. El abdomen no presenta puntos sensibles, cuando anteriormente la menor presión le producía un dolor intenso. Todos los síntomas de la úlcera tuberculosa del intestino han desaparecido.*

El 17 de mayo de 1925, Teresa fue declarada santa por el Papa Pío XI. Fue proclamada doctora de la Iglesia por el Papa Juan Pablo II en 1997.

El proceso y la ceremonia de canonización superaron todas las expectativas. En el decreto de canonización se dice que, «consultando el archivo de la Sagrada Congregación de Ritos, no se halla otra causa que se haya desarrollado con tan rápido y próspero éxito». A la ceremonia asistieron 35 de los 72 cardenales con que contaba la Iglesia, además de 50.000 fieles (los únicos que pudieron obtener entrada en el templo, de los varios cientos de miles que lo solicitaron). Por primera vez en la historia se colocaron micrófonos y altavoces en la basílica Vaticana, para que todos pudieran seguir las palabras del papa. Por la tarde, más de 500.000 peregrinos se acercaron a la basílica para honrar a la nueva Santa. La cúpula de San Pedro se adornó toda la noche con innumerables luminarias (lo que no sucedía desde la caída de los Estados Pontificios, en 1870, ni se ha vuelto a repetir). Por todo el mundo se desarrollaron numerosas celebraciones de acción de gracias.

Por influjo de Teresita se multiplicaron las conversiones y las vocaciones consagradas, y se implantaron cientos de monasterios contemplativos en los territorios de misión. Sin ser fundadora, Teresa de Lisieux cuenta hoy con más de 50 Congregaciones religiosas masculinas y femeninas, Institutos seculares o Sociedades de vida apostólica, que la consideran como patrona e inspiradora. Su imagen está presente en la mayoría de las iglesias y capillas cristianas. Unos 2.000 templos de todo el mundo están consagrados a su nombre; entre ellos, cinco catedrales y cinco basílicas. Más de setenta seminarios y numerosas escuelas, obras sociales y agrupaciones de fieles la tienen por titular. Es

